REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXXII — San José, Costa Rica — **1936** — Sábado 22 de Agosto — Núm. 7

Año XVIII — No. 767

SUMARIO

Máximo Gorki

Por *JUAN FALCES ELORZA*

= De *Leviatán*. Madrid, julio de 1936 =

Máximo Gorki

Visto en su casa de Sorrento por *Boris Grigoreiv*

Máximo Gorki es un producto genuino del pueblo ruso. Hijo de padres pobres, conoció desde su infancia el dolor y la miseria, se enfrentó en seguida con el régimen bárbaro del zarismo. Caminando por las carreteras de Rusia en compañía de mendigos y fracasados, halló en los hombres sin esperanza alguna un reflejo del hastío que causa el mundo burgués con sus limitaciones inhumanas Conocedor de los suburbios del subconsciente, en lugar de situarse en una posición pesimista, anarquizante, de crítica negativa, Gorki comprendió que la reivindicación del hombre dependía de una transformación del mundo en que vivía, especialmente de la abolición de la propiedad privada, origen de la explotación y sumisión vergonzosas del hombre. Cuando en febrero del año 1902 la Academia Imperial de Ciencias le eligió académico, la policía envió al zar la ficha de Gorki, en la que le denunciaba como cómplice de Sergio Somar, miembro de un círculo revolucionario, demostrándose que mantenía relaciones con personas sospechosas y conspiraba contra el régimen, alegaban que tenían dos cartas en las que se decía: "desde el cubo de la cultura vierto buenas ideas, y éstas dan ciertos resultados". En 1895 trabajaba en los talleres ferroviarios de Tiflis, y contaba con grandes simpatías entre los jóvenes. En 1897 fué citado por el Tribunal de Tiflis para responder de la propaganda que ejercía entre los obreros. "Según los testigos —dice la ficha—, expresaba ideas demoledoras y hablaba a menudo de la explotación de los trabajadores". En 1901 fué detenido en Nijni Novgorod por propaganda escrita ilegal. Como se ve, Gorki comprendió bien pronto que no bastaba con criticar el estado de cosas, sino que era menester luchar activamente por su abolición. Así, desde 1902 hasta el año de la revolución, su lucha no cejó ni un momento. Fundó revista tras revista, acusó al zar en su célebre "Asesinato premeditado de una multitud de ciudadanos rusos", lo que le valió el ser encerrado en la fortaleza de San Pablo; marchó a América a recoger fondos para la revolución, y en 1915 dirigió la revista **Anales**, que defendía una actitud antimilitarista y pacificadora.

Al llegar la revolución rusa, Gorki se colocó a su lado, defendiendo el indiscutible derecho de aquel pueblo a luchar por su emancipación liberadora. En febrero-abril de 1917, es decir, bajo el Gobierno Kerenski, redactó un saludo a la revolución de marzo, en el que decía: "No olvidemos que vivimos entre una masa de seres políticamente incultos y sin ninguna educación social". "Debe democratizarse la ciencia, haciendo de ella el orgullo del pueblo. Es ella, y únicamente ella, la fuente del trabajo creador, la base de toda cultura". Estas frases te volverán sin cesar a su pluma. "La revolución es el triunfo de la razón, y su éxito dependerá de la ciencia", dice Gorki en un discurso pronunciado el 9 de abril de 1917, en la Asociación Libre de las Ciencias Positivas.

Toda su esperanza está en los intelectuales, y se nota en él una subestimación del valor de la producción en los primeros momentos. Así, cuando se entera de que van a la guerra civil 43 artistas, protesta y exclama acongojado: "¿De qué vamos a vivir si perdemos nuestros mejores cerebros?" En otro artículo, titulado **Dos almas**, enfrenta la concepción mística y pasiva del Oriente a la racional y dinámica de Occidente, inclinándose por ésta. Escribe: "donde decía que el pueblo se inclina orgánicamente al anarquismo, que es pasivo, pero cruel, cuando el poder cae en sus manos, y que la bondad tan alabada de su alma no es sino un sentimentalismo a lo Karamazof, siendo terriblemente rebelde a las inspiraciones del humanismo y la cultura, pues bien, por todas esas ideas (que no son nuevas, pero que son mías y que expreso con rudeza) se me ha acusado de toda clase de pecados contra el pueblo". Este anarquismo, esta crueldad, proceden de las condiciones de vida del pueblo, las que no han dejado desarrollar en él "ni el respeto a la persona humana, ni la conciencia de los derechos del ciudadano, ni el sentimiento de justicia".

Al llegar el Gobierno de octubre, la crítica de Gorki se hace más acerada. Combate, lo dice él mismo, contra los bolcheviques, a quienes llama energúmenos, pero de los que jamás duda como hombres de buena fe. He aquí algunas muestras de su crítica (¡observen los fariseos cómo no se interrumpió la crítica para los que siempre fueron amigos del trabajador! ¡Hubiera estado bonito que esa "libertad" se extendiera a los enemigos y traidores al régimen!): "Lenín, Trotski y sus adeptos están ya intoxicados por el veneno corrompido del poder, como lo prueba su vergonzosa actitud frente a la libertad de palabra, del individuo, y de ese conjunto de derechos por los que ha luchado la democracia... La clase obrera no puede dejar de comprender que es con su piel, con su sangre, con lo que Lenín intenta una experiencia y se esfuerza por llevar el espíritu revolucioario del proletariado a su paroxismo para ver... lo que sale". Lenín es, según él, "un cínico a quien nada importa el honor ni la vida del proletariado". Desde los pueblos más apartados le llegan quejas sobre los soldados rojos, sobre las requisas de granos, los fusilamientos, y él lanza su queja, achacando todas estas cosas a los bolcheviques.

Pero hay algo más fundamental: cuando, en 1918, los rusos blancos y los de la "emigración interior", traidores a la revolución, instan a los países capitalis-

tas para que intervengan, Gorki lanza su célebre **Llamamiento al mundo civilizado**, en el que opone Wilson a Lenín, quedándose con éste. Vemos que la diferencia entre Gorki y el resto de los derrotistas—a él se lo llaman a menudo—es totalitaria. Mientras los "falsos amigos", los "buenos rusos", etc., trabajan por la caída de la revolución, a la que odian, Gorki no desea tal cosa. Para él existen dos distinciones: está con la revolución, pero no con los bolcheviques. Por eso el Gobierno de Lenin no le molesta lo más mínimo. Ve en él a un revolucionario que no comparte la táctica del partido bolchevique.

Por otro lado, la historia nos indica que hasta el año 1924, en que el Comité Central del Partido Comunista se vió constreñido a tomar una actitud mediadora, la lucha de los grupos intelectuales giró en torno a una concepción del arte proletario. En general, todos los grupos, aun aquellos que se decían intérpretes del proletariado, como los futuristas. los del Proletkult, etc., subestimaban el valor educativo de la realidad. Bogdanov, por ejemplo, solicitaba una completa autonomía, y los futuristas pedían que se lanzase un anatema absoluto contra la cultura burguesa. Lenin, en su réplica a Bogdanov, deshizo estas falsas posiciones, y Bujarin y Lunacharski reivindicaron el alcance de la cultura burguesa como elemento histórico. Pero la diferencia más profunda entre los bolcheviques y los intelectuales consistía en esto: mientras los bolcheviques sabían que la expansión cultural estaba en relación directa con el aumento de la producción, con el ascenso del nivel de vida (discurso de Lenin a la juventud en 1920), los intelectuales, que tenían poca fe en el proletariado (me refiero a aquel momento preciso, porque no se trata de una falta de fe absoluta, al modo de los Spengler, Ortega y Gasset, etc., sino para la ejecución de medidas inmediatas), subestimaban el proceso de producción y adoptaban, sin darse cuenta, una visión hegeliana, una primacía de la razón, del espíritu, etc. La cosa era sencilla. Los intelectuales, aun los adheridos al marxismo, no se percataban de que no hay mejor educación que ofrecer al hombre que la realidad inmediata. Precisamente el gran triunfo de Lenin consistió en interpretar los anhelos de las masas, en ser su mejor realizador. De aquí surgió el "comunismo de guerra", la visión histórica más revolucionaria que se ha conocido.

Gorki, que luchaba por la emancipación de la humanidad, cuando descendía a particularizar a la masa se sentía un tanto pesimista. No creía, ni mucho menos, que el mundo sería así siempre. Tenía fe en la transformación de la sociedad, pero esto lo veía como un proceso larguísimo y doloroso. Para mí, esta falta de visión procedía del vicio que antes señalábamos, o sea, de la poca estimación que tenía en el poder educativo de la realidad. La cultura burguesa es una intoxicación. A través de ella recibimos influencias idealistas que nos alejan y encubren la realidad. Como vemos que el proceso educativo ha sido un proceso lento, suponemos que para desintoxicarnos ocurrirá otro tanto. Pero aquí se olvida algo esencial: y es que la cultura burguesa es el resultado de un proceso histórico, y que en ese proceso constatamos que siempre la clase dominadora ha procurado frenar el progreso de la cultura, ya que si ese desarrollo se verificaba, saldrían a luz sus enormes contradicciones. Pero en el tránsito de una fase histórica reaccionaria a otra revolucionaria, el proceso es inverso, o sea, que el triunfo de la clase que va a la vanguardia desarrolla el progreso de la cultura, ya que sólo así puede cumplir sus fines revolucionarios. Esto se ve claro, por ejemplo, en la revolución francesa, que crea academias, subvenciona viajes científicos, apoya a los sabios, y en la Unión Soviética, donde la ciencia progresa sin cesar. Por otro lado, si en los primeros momentos la masa se extralimita, dando libre expansión a la rabia de tantos años de explotación, al conseguir, a través del gobierno revolucionario, aquellas fases de la vida de que se le ha desposeído, su educación va implícita en la conciencia del deber que se le impone.

Ya en 1920, en la **Internacional Comunista**, Gorki rectifica sus opiniones sobre Lenin. El proceso de la revolución le ha hecho ver que sólo su visión y su energía podían llevar a efecto aquel magno intento. Ya no es para él el cínico, el energúmeno, el prestidigitador, sino un tipo admirable, un hombre magnífico, un santo. Más tarde, al publicar su folleto **Lenin**, ampliará esta visión. El 9 de agosto de 1921, Lenin escribe a Gorki: "Estoy tan cansado, que no puedo absolutamente nada. ¡Y usted escupe sangre y no se va! Le aseguro que no es concienzudo ni razonable. En Europa, en un buen sanatorio, se cuidaría usted y trabajaría tres veces más, se lo juro". Poco después se marchaba Gorki de la Unión Soviética, momento que aprovecharon para denostar al régimen marxista los ideólogos burgueses, mereciendo una seria réplica por parte del propio Gorki.

De 1921 a 1928, Gorki escribe novelas, artículos; pero jamás su pluma se mancha con ninguna crítica rastrera contra la U. R. S. S. Al contrario. Cuando algún intelectual europeo le pregunta por la revolución, sus ojos se alegran, su aspecto exulta emoción y fe. A raíz de la célebre polémica entre Romain Rolland y los novelistas rusos reaccionarios Constantino Balmont e Iván Bunin, Gorki remite una carta al escritor francés, negando que los escritores en Rusia sean verdaderos mártires. Con un orgullo simpático, escribe: "Ningún verdadero escritor hubiera podido escribir que "los autores clásicos están prohibidos en Rusia", justamente cuando la Editorial de ediciones del Estado acaba de publicar — y magníficamente, por cierto—Dostoyewski, con su novela "contrarrevolucionaria" **Los demonios**; Gogol, Puchkin, y prepara Turguenef y las obras completas, artísticas y filosóficas de León Tolstoy". A continuación hace un rápido balance de la literatura rusa, y exclama: "El pueblo ruso comienza, al fin, a tomar conciencia de su "yo", de sus valores y de su derecho a la libertad de sus fuerzas creadoras en todos los dominios de la vida".

En agosto de 1928, la revista **Europe** publica una carta de Gorki contestando a Levinson, el mismo que a la muerte del gran poeta Maiakowski intentará calumniarle diciendo que recibía fuertes sumas del Gobierno ruso, y al que nuestro actual camarada Aragón dará una buena paliza por sinvergüenza. Esa carta dice: "En el artículo del señor A. Levinson no veo nada ofensivo. Se adhiere a la opinión, expresada a menudo en la prensa de los emigrados, de que me he "vendido al diablo". Sobre este particular, puedo decir: si el diablo existe y me ha inducido a esa tentación, seguramente que no es un diablillo de egoísmo y de ambición, sino Ahadoma rebelándose contra el creador indiferente a los hombres y desprovisto de talento Por lo demás, creo que vale más no hablar del diablillo cuando los hombres han inventado y protegen algo infinitamente más odioso que el infierno: la indigna estructura del Estado actual. ¿Qué trabajo con los "bolcheviques", que niegan la libertad? Sí, con ellos, porque soy partidario de la libertad de todos los hombres de trabajo honrado, contra la libertad de los parásitos y de los charlatanes. Me considero "bolchevique" desde 1903, aunque jamás he pertenecido a partido alguno. A la pregunta: ¿por qué está usted al lado de los bolcheviques?, he contestado muchas veces, y lo haré de nuevo en un folleto que escribo para cientos de jóvenes obreros y campesinos que quieren ser escritores. He combatido a los bolcheviques y me enfadé con ellos en 1918, cuando creí que serían incapaces de apoderarse de los campesinos anarquizados por la guerra, y que en esa lucha sacrificarían al partido obrero. Inmediatamente me convencí de mi error, y ahora estoy convencido de que el pueblo ruso, pese a la guerra que le hacen los gobiernos de Europa y a las dificultades económicas, acaba de franquear la época de su renacimiento".

Desde este momento, Gorki fué el amigo leal, el escritor que orientó a los escritores rusos, el magnífico teórico del último Congreso de Escritores Soviéticos.

Hemos aclarado, creemos, la incógnita sobre la pretendida intransigencia de la Unión Soviética. Gorki no fué perseguido jamás. Cuando creyó que la revolución estaba en peligro en manos de los bolcheviques, lo dijo sinceramente, y el Gobierno ruso supo respetar una voz amiga, leal, revolucionaria. Los bolcheviques tenían razón. Gorki y la mayoría de los intelectuales no comprendían la relación refleja entre la estructura económica y la cultura. Lenin sí lo vió. Y más tarde, cuando los hechos dieron la razón a los bolcheviques, y Gorki pudo convencerse de su error, volvió a su querida Rusia, ahora liberada para siempre.

Yo quisiera que muchos de los intelectuales que fluctúan en España, tan pronto arrimándose al Socialismo como denostándolo, reflexionen sobre el ejemplo de este valiente escritor. Acallar el amor propio, luchar contra una clase que manda, que tiene los medios represivos en su mano, no es empresa fácil ni cómoda. Pero que mediten un poco. La cultura sólo puede progresar en una sociedad marxista. La burguesía ha llegado ya al fin de sus posibilidades, y ahora se revuelve airada contra la humanización de las clases modestas, a las que desearía hundir en la miseria y la desesperación. Nosotros, hombres que blasonamos de estar capacitados para la enseñanza, que nos volvemos ridículos hablando de la cultura, no podemos abandonar el puesto que nos corresponde en la lucha por la humanización del hombre. Gorki nos brinda su ejemplo. Sigámoslo.

Del conde de Aranda al Rey Carlos III en 1783, y previendo ya los actuales EE. UU.:

Esta república federal nació pigmea. Llegará un día en que crezca y se torne gigante y aun coloso en aquellas regiones. Dentro de pocos años veremos con verdadero dolor la existencia de este coloso. Su primer paso, cuando haya logrado engrandecimiento, será apoderarse de la Florida y dominar el golfo de México.

(Cita de Mitre en su *Historia de San Martín*, Cap. I del tomo I.)

La revolución española de 1934 vista por un escritor soviético

Por ILYA ERENBURG

= Del excelente mensuario de hechos e ideas *Leviatán*. Madrid, julio de 1936. =

Nuevamente ha estado en España el escritor soviético Ilya Erenburg, autor de varios libros conocidos en el mundo entero y uno sobre nuestro país. A continuación publicamos parte de sus impresiones de este segundo viaje, escritas con la vivacidad plástica característica de este autor. En ella encontrarán los lectores muchos datos hasta ahora inéditos o poco divulgados a causa de la censura, y una excelente síntesis de lo que ha sido y sigue siendo la revolución española desde octubre de 1934. (Nota de Leviatán).

No ha sudado la chaqueta trabajando.
(Decir popular)

Madera de *Laporte*

U. H. P.

Oviedo recuerda Arras en 1917 Los aviones militares, la dinamia y los incendios han destruído todos los grandes inmuebles. No se ven sino ruinas: ruinas de la Universidad, del Instituto, del Palacio de Justicia y del teatro Campoamor. El Gobierno de Gil Robles había concedido créditos importantes para la reconstrucción de Oviedo. Pero ese dinero ha ido a los propietarios, los cuales han tenido tiempo para reconstruir nuevos inmuebles. Claro que ni la Universidad, ni el Instituto, ni el teatro, han sido reconstruídos.

Uno de los arrabales de Oviedo se llama La Cabaña. Allí es donde viven los traperos, las lavanderas y otras mujeres que van a asistir a las casas, los jardineros, etc. He penetrado en una de aquellas casuchas: una habitación sin ventana, a ras de suelo. Los chiquillos van y vienen en la obscuridad. Allí habita la lavandera Marina Alvarez. Un oficial de la legión extranjera se llevó a dos hijos de Marina: a Avelino, de diecinueve años, y a José, de dicisiete, que fueron fusilados cerca de la iglesia de San Pedro, y, además, otros cuatro vecinos de La Cabaña. La madre y las cuatro viudas compraron, con sus últimos céntimos, una corona. Colgaron esta corona en la pared más agujereada por las balas y escribieron "Aquí fueron matados seis vecinos de La Cabaña". Los guardias civiles pisotearon las flores y borraron la inscripción. Marina Alvarez tiene aún cuatro hijos, más pequeños, a los que era necesario alimentar. Un oficial de la Guardia civil le trajo un día un papel en donde se leía: "Certifico por el presente documento que mis hijos Avelino y José han sido muertos por los insurrectos..." El oficial agregó: "Firma este papel y te daremos un socorro". Marina Alvarez lo tiró al suelo y respondió: "¡Jamás!" Cuando estuve a verla me dijo: "No vivo sino para mis hijos; quiero que puedan saciar su hambre y que puedan ir a la escuela. Ya sé que en su país de usted se nutre e instruye a los niños". Y levantó el puño al hablarme, y su gesto fué imitado por las cuatro viudas y los diecisiete huérfanos de La Cabaña.

He visto el convento de las Adoratrices. En los sótanos del convento fué en donde los guardias civiles torturaron a los obreros. Para no espantar a los transeúntes, los verdugos hacían funcionar un fonógrafo. Las monjas repetían el Avemaría, los fonógrafos tocaban pasodobles y **fox-trots** y los hombres, colgados con la cabeza hacia abajo, exhalaban sus últimos gritos en los estertores de la agonía.

Severina González vive en el barrio de Villafría. Los legionarios hicieron irrupción en su hogar. La hija de Severina, la joven Josefa, estaba entretenida en cuidar a los pequeños. El oficial miró a Josefa y echó allí mismo una bomba. Josefa cayó muerta. Después ordenó: "¡Que me sigan los hombres!" Y se llevó detenidos a Germán, a Celso y a Joaquín, los cuales fueron fusilados aquella noche. El Gobierno de Gil Robles tuvo piedad de Severina y le concedió un donativo de ochenta pesetas, veinte por cada fusilado. Los legionarios habían destruído los pobres muebles de Severina y retorcido el cuello a sus gallinas. Sobre las paredes de aquella casucha trazaron estas palabras: "Esta casa ha sido tomada al asalto por los legionarios de la primera compañía de la quinta bandera. ¡Viva España! ¡Viva la Legión! ¡Abajo el comunismo!—**El cabo Vallés**".

Tengo ante mi vista la fotografía de un joven rubio. Es el barbero Valentino Fernández de la Riva. Hiciéronle atravesar las calles de Oviedo atado a otros prisioneros. La madre se echó al suelo delante del oficial y le gritó: "¿Qué va usted a hacer de él?" El oficial sonrió amablemente: "Es muy probable que le matemos". El barbero, conducido fuera de la ciudad, fué muerto a culatazos, rociado de gasolina y quemado.

Ramón Menéndez tenía diecisiete años. Debido a las torturas sufridas, se volvió loco. A pesar del terror, trescientos prisioneros pidieron que Menéndez fuera conducido al hospital. Como respuesta, los guardias civiles mataron entonces a Menéndez. El guarda del cementerio se negó a aceptar el cadáver sin un certificado de defunción. Pero los civiles echaron el cadáver por un precipicio. Ochenta y cuatro días después, el director de la cárcel informó a la madre de Menéndez que su hijo había muerto de una crisis cardíaca.

El periodista Francisco C..., redactor del **Heraldo de Madrid**, me ha enseñado algunas fotografías tomadas por un enfermero de la Cruz Roja. En ellas se ve enfermeros, enfermeras y oficiales que están divirtiéndose. Uno de éstos hace equilibrios sobre un ataúd y otro baila entre los cadáveres.

Los "guardianes de la tradición" mataban a los niños en nombre del pasado y trataban de bárbaros a los obreros de Oviedo porque habían destruído algunos monumentos antiguos. Pero los obreros españoles no son unos bárbaros. El alcalde de Escabaña, obrero agrícola y comunista, me ha enseñado un manuscrito del siglo XII. Lo había encontrado en el suelo. Su predecesor, un fascista, "guardián de la tradición", había tirado estos preciosos documentos. El obrero agrícola me dijo: "Enviaremos esto al Museo". Los soldados de Gil Robles instalaron sus ametralladoras en la torre de la catedral gótica. Durante diez días, los soldados disparaban desde lo alto de la catedral sobre la población de Oviedo. Los soldados de los jesuítas incendiaron con sangre fría uno de los más bellos monumentos del arte románico: la iglesia de Santa Cristina de Lena, construída en el siglo XI. Esos jesuítas detestan el porvenir y no se interesan tampoco por el pasado. Lo único que les interesa en el mundo son sus privilegios. En nombre de estos privilegios, asesinaron en Asturias a unas cinco mil personas y encarcelaron a otras treinta mil.

Después de octubre, la Guardia civil de Cataluña fué enviada a Asturias, país de miseria y desesperación. De ese modo se les castigaba por su falta de celo. Actualmente, aquellos catalanes se hallan de nuevo en Barcelona. Antes de abandonar Asturias, acudieron al Socorro Rojo local y dijeron: "Dadnos un certificado acreditando que no hemos hecho mal alguno a los obreros. De lo contrario, no nos atreveremos a vivir en Barcelona".

El 18 de febrero había en la

cárcel de Oviedo más de novecientos prisioneros. Los obreros estaban agolpados en la puerta y daban gritos pidiendo amnistía, amnistía. La "Pasionaria", diputada por Asturias, estaba al frente de ellos.

Dolores Ibarruri, a la que el pueblo llama la "Pasionaria", es hija de un minero de Somorrostro, cerca de Bilbao. Su padre tenía once hijos. Desde su primera infancia, Dolores conoció la miseria. A los catorce años empezó a trabajar como sirviente, después trabajó como modista y se casó con un minero. En 1917, Dolores Ibarruri se convirtió al Socialismo, para pasar, en 1920, al Comunismo. En 1931, los guardias civiles mataron a su madre. Un año más tarde, "Pasionaria" fué detenida y estuvo trece meses en la cárcel. Es una oradora extraordinaria, y en sus palabras rebosan la pasión y la sinceridad.

"Pasionaria" se dirigió al despacho del gobernador de Oviedo y pidió que libertara a los prisioneros. El gobernador se negó a ello, alegando que no había recibido aún órdenes de Madrid. En derredor de la cárcel fueron colocadas unas ametralladoras. "Pasionaria" habló entonces con el oficial que mandaba el destacamento, y le dijo: "¡Calma!", y el oficial repitió: "¡Calma!" "Pasionaria" entró en la cárcel, y fueron libertados primeramente los condenados a muerte, y seguidamente los restantes. Cuando el último prisionero hubo abandonado la cárcel, deslumbrado por el sol y la felicidad de verse libre, apareció "Pasionaria". Llevaba en la mano una enorme llave, y gritó: "¡La cárcel está vacía!"

He hablado ampliamente con numerosos héroes de octubre. El obrero de la Fábrica de Armas Laureano Suárez estaba al lado del cañón. Fué herido en una pierna, pero no quiso que le curasen. Jesús Fernández es un camarero de un restaurante. Era miembro del Comité revolucionario de Asturias. Me llevó consigo a una casita que se eleva allá en el límite de la ciudad, en donde vivía en octubre de 1934, y me enseñó el lugar en donde se había reunido el Comité revolucionario. Después de la derrota, Jesús Fernández pudo atravesar la frontera de Portugal. Fué detenido en Oporto. Los gendarmes portugueses le entregaron a los guardias civiles españoles. Y desde entonces empezaron sus torturas. "¿En dónde están las armas?" A pesar de las palizas, Fernández callaba siempre.

El minero Silverio Castañón es muy joven. Presidía el Comité revolucionario de Turón. En Turón había 18.000 habitantes, 5.000 de los cuales se alistaron voluntariamente para defender desde las montañas el desfile de Campomanes. Silverio Castañón es poeta. Ha escrito dos volúmenes de versos. Adora a Cervantes y a Tolstoi. Ante el Tribunal militar sorprendió a los generales citando a Marx, a Kant, a Hugo y a Calderón. Los generales movían la cabeza en señal de aprobación; pero eso no les impidió condenar a Castañón a la pena de muerte. He tenido la fortuna de poder preguntar a Castañón "¿Durante cuántos meses ha esperado usted la muerte?" Castañón sonríe antes de responder: "¡Quince meses! Pero no la muerte, sino la revolución".

La joven Aida Lafuente tenía diecisiete años. El pueblo la llamaba "Libertaria", y murió combatiendo. Su fotografía puede vérsela hoy en todas las casas de los mineros. Y en esa fotografía se ve una joven sonriente, retratada con un ramo de flores en sus manos. El 19 de abril de este año, las Juventudes Socialistas y Comunistas de Oviedo colocaron una placa sobre la fachada de su casa: "Calle de Aida Lafuente".

Sama de Langreo es un pueblo de mineros, y, como toda ciudad de mineros, es sombría y triste. Después de octubre, los industriales españoles empezaron a comprar carbón inglés: ese fué el rescate de la revolución. Los mineros de Sama trabajan tres días por semana y no ganan más que 105 a 155 pesetas por mes. Eso es la miseria, como se comprenderá.

En el centro de Sama se ven algunas ruinas: son los restos del cuartel de la Guardia civil. Ciento noventa guardias se habían atrincherado en el cuartel. El combate duró treinta y dos horas. Después de las elecciones de febrero, los mineros de Sama encontraron de nuevo sus fusiles enterrados y los engrasaron.

En Sama he hablado con el obrero metalúrgico Fernando Rodríguez, autor del decreto por el cual se creaba el ejército rojo. Este hombre había luchado hasta el final. Se le torturó suspendiéndole por los brazos y tirando en seguida de sus piernas. A ello le llamaban sus verdugos "hacer el avión". Le desnudaron para rociarle tan pronto de agua hirviendo como de agua fría. Durante horas y horas se dejó correr sobre su frente y su cabeza un chorro de agua fría, mientras le amenazaban: "Di en dónde has escondido las armas, y te soltaremos". Fernando se callaba. Ha estado en la cárcel hasta que le ha libertado la amnistía, y está dispuesto a repetir la lucha. Mientras me cuenta estas cosas con una gran sencillez, me muestra en su cuerpo las huellas de las torturas de sus verdugos.

He visitado con él la Casa del Pueblo, domicilio de los Sindicatos. La autoridad militar la había transformado en prisión. En las cuevas se hallaban amontonados los presos y en los pisos superiores se llevaban a cabo la tortura de los que iban pasando por turno ante los verdugos. He visto las huellas de las balas. Aquí se realizaban los fusilamientos. Sobre las paredes he visto las manchas de sangre y los nombres de otros encarcelados escritos con su propia sangre. He visto el grifo de donde salía el agua que corría en seguida sobre el cráneo afeitado de Fernando Rodríguez y del viejo zapatero Gondi. El coronel Manuel Bravo Montero fué quien torturó a los prisioneros. No se crea que lo hizo en un momento de cólera y de indignación, sino tranquilamente, metódicamente, durante los tres meses de la sublevación. No conozco por aquí lugar más terrible que la Casa del Pueblo de Sama. Rodríguez me decía: "Aquí tuve que sufrir las torturas al lado de varios cadáveres. Aquí me colgaron en la puerta y me estuvieron balanceando después".

Los mineros habían publicado un manifiesto en el que se leía: "¡Camaradas! Vamos a crear una nueva sociedad. El nacimiento se ve siempre acompañado de sufrimientos. La muerte da a luz la vida. ¡Soldados del ideal, luchad por la victoria! ¡Mujeres, en nombre de vuestros hijos, ayudadnos!".

Igual que Sama, Mieres es también un gran pueblo minero. Fué en Mieres en donde surgió el gran grito de combate: "¡U. H. P.!" Desde el primer día de la revolución, al grito de los centinelas de "¿Quién vive?", era indispensable responder: "¡U. H. P.!" (Unión de Hermanos Proletarios). He visto estas letras U. H. P. sobre los tranvías de los alrededores de Madrid, los cuales han empezado a ser explotados, a la hora en que escribo, por una Cooperativa obrera. Y también he visto esas tres letras simbólicas sobre algunos inmuebles de Barcelona y en los árboles y en las casuchas de las aldeas castellanas. "¡U. H. P.!", gritaban asimismo los obreros el 14 de abril último en Madrid, rodeando la tribuna gubernamental para defender a Azaña contra las balas de los provocadores.

En las calles de Mieres se ven todavía las huellas de las bombas lanzadas por los aviadores de Gil Robles. Y sobre las fachadas de las casas en que viven las viudas de los fusilados se leen aún los carteles electorales de las derechas: "¡Votad por Gil Robles, que os salvará de la revolución!" Si yo no hubiera visto a Gil Robles en carne y hueso, habría creído que era un bromista. Ahora bien: es un burgués sólido y correcto. Había creído muy sinceramente que los habitantes de ciudades destruídas de Asturias le dirían: "¡Venid a salvarnos de la revolución!" Pero en Mieres, por ejemplo, solamente el tres por ciento de los electores votaron por el bloque derechista: los guardias civiles, otros verdugos locales, los delatores y algunas ancianas aterradas por las amenazas del cura.

Un numeroso grupo de mineros vino a la estación a despedirme. Al arrancar el tren levantaron el puño. Dos señoras que iban en el compartimiento de al lado temblaron al oír "¡U. H. P.!"

El tren va atravesando montañas y llanuras desiertas. Ahí es en donde se desarrolló el epílogo del drama de Asturias. Creyóse, entonces, que los mineros estaban definitivamente vencidos. En realidad, seguían siendo vencedores. Y he ahí por qué toda España repite ahora: "¡Viva Asturias!" No han sido las elecciones de febrero las que han salvado a España del fascismo, sino los combates de octubre de 1934. Los mineros de Sama y de Mieres han sido los libertadores de Companys y los que han llevado a Azaña al Poder. Los muertos han libertado a los vivos. La tragedia de la clase dirigente consiste en que, desde ahora, ya no le es posible vencer, y en que incluso sus victorias se transformarán en derrotas. Los cañones y los aviones de Gil Robles han destruído no sólo las casas de los mineros, sino también la España de los propietarios y terratenientes, de los capitalistas, de los jesuítas y de la Guardia civil.

Los burgueses

El turista que llega a Madrid después de haber leído detenidamente periódicos franceses se siente forzosamente engañado: no ve el asador en donde ponen a asar a los curas ni a Bela Kun violando a las monjas. Madrid no parece cambiado. Enormes grupos de caballeros (1) deambulan por la calle de Alcalá, cada uno de los cuales os dirá orgullosamente que es español y, desde luego, individualista. Los parásitos siguen estando, como siempre, sentados en el café desde la mañana a la noche, discutiendo de política o cerrando voluptuosamente los ojos mientras el limpiabotas da lustre a sus zapatos, los cuales estaban, desde luego, limpios.

En las ventanas de los círculos y clubs, como si estuvieran expuestos en unas vitrinas, aparecen también respetables burgueses. Como vilanos arrastrados por el viento, numerosas ancianas de orejas musgosas van arrastrándose por las baldosas de las igle-

(1) En español en el original.

sias, en tanto que otras damas elegantes besan el anillo de orondos obispos, a la vez que dirigen dulces miradas a algún joven laico y esbelto. En colmados y tabernas elegantes, algunos curas vestidos de seglares beben chatos de manzanilla y se entretienen dando azotes en las nalgas de las camareras.

Durante la semana santa han sido paseadas por las calles de Sevilla lo menos una docena de santas Vírgenes cubiertas de mantillas preciosas. El rápido de Madrid condujo a Sevilla a multitud de piadosos señoritos que, al llegar al hotel, se apresuraron a cambiar su traje por el hábito y el capuchón de los penitentes. La Virgen de la Esperanza ha recibido este año, a pesar del resultado de las elecciones, un regalo útil: nuevas columnas para su baldaquín. A este efecto, algunas señoras de Madrid habían enviado cada una un kilo de plata por mes.

En primera página del diario **El Liberal** puede leerse un artículo sobre "la elevada moral de los trabajadores", mientras que en la última página del mismo diario se publican habitualmente anuncios como éste: "Señores, no olviden visitar los salones de Madame R..., en donde hallaréis encantadoras españolas, morenas o rubias, así como lindas extranjeras..."

La burguesía española es perezosa, rapaz e ignorante. Compra mercancías inglesas, charla en mal francés y desprecia al pueblo. En España hay de todo: fértiles campos, pastos maravillosos, infinitos olivares y jardines de naranjos, las viñas de Jerez y de Málaga, los arrozales, alamedas enormes de alcornoques, carbón, mineral de hierro, de cobre, de zinc, de plomo y de mercurio... Y, sin embargo, este país tan rico (en el que hay asimismo tantos y buenos artesanos como excelentes obreros) se halla en la miseria. Los hombres viven medio desnudos, habitan en cuevas inmundas y se alimentan de bellotas.

El Estado lo tiene adjudicado todo: los ferrocarriles, los teléfonos y el monopolio de tabacos. Antiguamente, los reyes, y en estos últimos años Lerroux, han hecho de España una colonia. Los barones del carril francés tienen embargados los ferrocarriles españoles. Los trenes son poco numerosos, y sus vagones, sucios y bamboleantes, no obstante lo cual, la tarifas siguen siendo muy elevadas. Conviene más enviar naranjas de Valencia a Inglaterra, y desde aquí reexpedirlas a Santander, que remitirlas directamente a la capital de la Montaña. Los ferrocarriles tienen un déficit inmenso, el cual debe cubrirlo el Estado.

Capitalistas franceses controlan la extracción del carbón y del mineral de hierro españoles, y capitalistas ingleses la del cobre y el plomo. Los americanos tienen los teléfonos. Así es como los patriotas españoles han vendido su país en pública subasta.

Los olivares constituyen una de las principales riquezas de España. Pero el aceite de olivas es exportado, hacia Italia, desde donde se lo reexporta a otros países, como consecuencia de las sanciones contra Italia. Como la exportación de aceite ha disminuído mucho, resulta que los campesinos andaluces pagan la conquista de Abisinia.

El Banco de España es un Banco del Estado, al mismo tiempo que un establecimiento de crédito privado. De donde resulta un Estado dentro del Estado, con lo cual puede estar amenazando de guerra al Frente Popular y previendo devaluaciones y catástrofes económicas. En el curso de una manifestación, los socialistas llevaban una bandera en la que se leía: "El Banco de España es el enemigo de España número 1." El Banco Hipotecario lucha contra la Reforma agraria, y sus representantes han ido a visitar al señor Azaña como si fueran los embajadores de una gran potencia.

En la actualidad es corriente leer anuncios como los siguientes en los diarios de derecha: "Se vende una hermosa villa en Pau". "Se vende en Lausana un hotel particular.", etc. La burguesía española, por atolondrada que sea, empieza a inquietarse por su porvenir. Los más razonables ya han colocado sus capitales en el extranjero, preferentemente, en Suiza. Los carabineros españoles detienen a diario a individuos que tratan de sacar de contrabando sus "últimos céntimos", centenares de miles de pesetas.

Los representantes de la pequeña industria ligera ya no lloran la caída del Gobierno de Gil Robles. Las fábricas textiles funcionaban a pleno rendimiento antes de la llegada de las derechas al Poder, puesto que trabajaban para el mercado interior. Pero bajo Gil Robles los salarios de los obreros agrícolas bajaron desde seis a dos pesetas. Y entonces los campesinos cesaron de comprar camisas. Así comenzó la crisis. Claro que los representantes de la pequeña industria son los plebeyos de la burguesía española, y los que en ésta dan el tono son los representantes del capitalismo feudal.

En los compartimientos de primera clase, en los buenos restaurantes, en los clubs, no se oyen más que lamentaciones y amenazas. Los más valientes—o los más miedosos— hablan ya de intervención. El diario monárquico **A B C** ha dicho esto:

"El canciller Hitler ha proclamado una nueva verdad: entre los Estados europeos ya no hay vasallos. Pero España ya no es país del honor y de la libertad, como Italia. Aquélla es ahora un país de esclavos. Europa no puede ver con indiferencia el triunfo del bolchevismo que se prepara desde la revolución de 1931. Europa intervendrá, como ha intervenido ya en los asuntos de Rusia y como lo hará de nuevo muy pronto en Rusia. Europa no puede consentir vivir entre dos tenazas bolchevistas."

A pesar de la censura, eso dice claramente... lo que quiere decir. Pero ¿a quién espera el burgués español? ¿A Hitler? ¿A los camisas negras que acudan del país del honor y de la libertad? ¿O a los gendarmes omnipotentes del dictador portugués Salazar?

Los más cuerdos comprenden que Europa tiene otras cosas más graves en qué pensar que construir castillos en el aire. En vez de a Hitler, quien, en resumidas cuentas, debe permanecer en Berlín, los reaccionarios españoles prefieren el revólver en su bolsillo. El industrial señor Rivera me ha dicho que la burguesía española se juega su última carta. Azaña. Sus colegas no comparten su opinión, prefiriendo confiar su suerte al fascismo.

El fascismo

El Gobierno de Gil Robles había facilitado 250.000 licencias de armas. Por eso pudieron armarse los fascistas de las más diversas tendencias: monárquicos y carlista, partidarios de Falange y de Primo de Rivera y los de Gil Robles. En las Cortes, Calvo Sotelo, uno de los jefes fascistas, maldijo el marxismo e invitó a los españoles a crear un Estado corporativo. El **A B C** tiene abierta una suscripción para las víctimas del marxismo, es decir, para los rompehuelgas y para los que constituyen el detritus del barrio chino de Barcelona. El **A B C** declara que "estos héroes tienen aún que realizar otras hazañas..." La lista de los donantes es bastante elocuente: "Un admirador de Hitler, una peseta: por Dios y por España, 10; España, levántate, 5; Un nacionalsindicalista, 10; Un partidario de Falange, 5; Un gilroblista 10; Un monárquico, 3; etc., etc."

En el momento a que me refiero, la suscripción llega a 300,000 pesetas. Por supuesto, que eso se destina sólo a los atentados personales aislados, un tiro aquí y otro más allá... Cuando se trata de bombas, de entrar a saco en los domicilios de los directores de los partidos de izquierda o de otros actos importantes, tales como atentados cometidos contra miembros del gobierno el día del aniversario de la República, etc., entonces se reúne el dinero de una manera más prosaica y sin declamación. Para eso hay todavía en casa de los banqueros algunos miles de pesetas no exportadas.

El dominicano padre Gafo ha invitado a los creyentes a que entreguen su dinero para "los héroes que no han de permitir que nuestro país sea una segunda edición, corregida y aumentada, de Rusia".

En numerosas paredes de las calles de pueblos de Navarra —la Vendée española— se ha podido leer esta inscripción, más bien halagadora para el presidente del Consejo: "¡Viva Dios!" "¡Muera Azaña!" En Córdoba, los fascistas han matado en pleno día al joven socialista Lafuente García. En Madrid, unos miembros de Falange han asesinado al magistrado Pedregal. En Escalona, han asesinado a cuatro campesinos. Y en Madrid, en el domicilio del abogado Eduardo Ortega y Gasset, los fascistas, utilizando a dos ex anarquistas, colocaron una bomba, que lo destrozó todo. El cura de Arganda ha lanzado una bomba contra la Casa del Pueblo de dicha población. Un grupo de fascistas "cristianos" habían preparado un atentado contra uno de los secretarios de las Cortes. En Navalmoral, cuarenta y cinco fascistas recibieron órdenes de Madrid de empezar allí los alborotos y rodearon la Alcaldía gritando y amenazando con asaltarla. Y en el propio Madrid, otros fascistas, escondidos tras los andamios de una obra, dispararon sobre la multitud en el entierro de un guardia civil...

Algunos periódicos extranjeros atribuyen las hazañas de los fascistas al terror rojo; pero el pueblo español es bueno y noble. En Asturias no ha habido ni un solo caso en que los obreros hayan tratado de resolver por sí mismos sus cuentas con los torturadores de la represión, y no buscan la venganza, sino la dicha.

Esos mismos periódicos extranjeros hablan extensamente de las iglesias incendiadas. En España, las iglesias y los conventos son la fortalezas del fascismo militante. Lo jesuítas han demostrado que saben ser muy firmes que los generales. En la iglesia madrileña de San Ginés se ha encontrado todo un arsenal de guerra preparado para un levantamiento fascista. En Jerez los fascistas han disparado desde el monasterio sobre la multitud desarmada, y ésta ha quemado el monasterio. Los conventos de Gandía, de Játiba y de Alberique son hoy escuelas. Los obreros de Vigo han transformado en Casa del Pueblo el monasterio de la ciudad.

Viajando con un agricultor español, he podido ver muchas iglesias transformadas en depósitos y bodegas para vinos. Debo confesar que no comprendo por qué los pupitres de las escuelas les parecen a ciertos periodistas más ofensivos para los sentimientos de un cristiano que las barricas de vino.

Mientras que las gentes positivas disparan sus revólveres, los estrategas y los teorizantes tratan de introducir en su juego un triunfo político e inventan un "nacionalsindicalismo", a fin de aprovecharse de la confusión que los anarcosindicalistas de la C. N. T. producen en el seno del movimiento obrero.

Sin conocer España, es muy difícil imaginarse que los aforismos de Bakunin puedan ser tomados aún por consignas sindicales. España ha subido por la escalera del progreso saltando varios escalones. Allí no se ha conocido propiamente la lámpara de petróleo, y desde el candil se ha pasado directamente a la electricidad. A menudo vemos confundirse el siglo xx con la Edad Media. Los anarquistas de la C. N. T. son uno de esos anacronismos. Un anarquista me ha dicho muy seriamente que él era partidario de la Primera Internacional. He asistido a la sesión del Comité de huelga anarcosindicalista de Barcelona. Aquello hacía pensar en las reuniones de los nihilistas rusos en 1865, con las mismas cabezas desgreñadas, las gafas ahumadas de conspirador, las discusiones acerca de todos los problemas mundiales, sobre la astronomía, la cuestión sexual, etc., todo ello dentro de un desorden preconcebido.

Los jefes de los anarcosindicalistas se reúnen desde luego en un café que se llama —ironía del destino—"La Tranquilidad". Allí se congregan para crear una anarquía panibérica. La juventud no sigue este movimiento, y los cabellos blancos comienzan a trocarse en el signo particular de los epígonos de Bakunin.

Muchos de los dirigentes de la C. N. T. son hombres cuya honradez personal no es posible ponerla en duda. Pero, como es forzoso entre los anarquistas, entre ellos pululan los confidentes y los provocadores. Con estos últimos es con quienes los fascitas están en contacto ahora, como lo prueba el atentado en casa de Ortega y Gasset. También los fascistas se declaran enemigos del capitalismo y de la política y partidarios de los sindicatos. Como se les apure un poco, estos émulos españoles de Mussolini llegarán a citar a Bakunin y a Kropotkin. Pero estas virtuosidades oratorias no les impiden obrar. La policía ha detenido recientemente al anarquista Marcelo Durruti Domingo (no debe confundírsele con el dirigente anarquista Durruti), el cual, de acuerdo con un tal Moldes, miembro de Falange, preparaban un nuevo crimen político.

Pero confiar en los anarquistas es tan ingenuo como desear la intervención de Europa. El proletariado español está dotado hoy de un sentimiento de clase muy vivo. De ahí que en Asturias, en octubre de 1934, los anarcosindicalistas se unieran a los socialistas y comunistas para luchar contra el enemigo común.

(Seguirá)

Las últimas hazañas del imperio yanqui en Puerto Rico

Por JUAN DEL CAMINO

= *Colaboración.* Costa Rica y agosto del 36 =

¿Qué pasa en Puerto Rico, factoría del imperialismo yanqui? El régimen de exterminio impuesto por el Departamento de Estado en esa nueva República de América, república por la nobleza de sus hijos, por la visión con que se enfrentan a los sistemas de opresión brutal, pretende ahora sacrificar a ocho dirigentes calculando que así matará el hervor de la sangre puertorriqueña. Son ocho hombres de verdad las víctimas que ha elegido el imperialismo yanqui en su posesión insular del Caribe. Sus nombres debe repetirlos la América nuestra: Pedro Albizu Campos, Juan Antonio Corretjer, Luis F. Velásquez, Julio H. Velásquez, Erasmo Velásquez, Juan Gallardo Santiago, Clemente Soto Vélez y Pablo Rosado Ortiz. En donde quiera que el sufrimiento se lleve con dignidad, esos ocho nombres son la lección más grande de sacrificio. Sabiendo lo que representan en la redención de Puerto Rico, volveremos a ellos el pensamiento siempre que la lucha contra el imperialismo yanqui nos obligue a no desmayar ni a acobardarnos. El Departamento de Estado ha hecho que se les procese y se les condene a penas corporales enormes. Cada uno de ellos es hoy el presidario al que arruinará la fatídica prisión de Atlanta a donde el imperialismo los conduce. Es decir, los condena con jurados y jueces de su elección en el propio suelo puertorriqueño, y cuando ha satisfecho su venganza, lleva la redada a que se pudra en las celdas que no se tragan a los fascinerosos yanquis que han hecho de Puerto Rico la más miserable factoría. Diez años de prisión sufrirá cada puertorriqueño por el delito aterrador de querer libertar su suelo de la explotación colonial a que lo tiene sometido desde hace más de tres décadas el Departamento de Estado.

El llamado proceso en esta iniquidad imperialista que ha escogido ocho víctimas puertorriqueñas, es cosa tan perversa que vale la pena descubrirla como voz de alarma para estos países. Lo que a Puerto Rico ocurre también nos ocurrirá a nosotros. No nos hagamos los sordos. Lo tenemos dicho y será siempre oportuno repetirlo. Puerto Rico es hoy lo que serán estos pueblos acechados por el imperialismo yanqui. Es cuestión de tiempo y de oportunidad. Pues ese proceso es la maldad refinada. El Departamento de Estado, de acuerdo con los formulismos de sus leyes, formó el llamado Gran Jurado y lo juramentó e instruyó en la "Corte de Distrito de los Estados Unidos para el Distrito de Puerto Rico", en donde el imperialismo tiene interés en acabar con el movimiento de redención. El Gran Jurado está constituído por dos yanquis, Antonio Bird y A. Cecil Snyder. El último de estos ha jugado un papel de inquisidor no superado. Supo elegir el Departamento de Estado a quien debía acosar a los ocho puertorriqueños indomables hasta obtener que se les enviara por largos años a la inmunda cárcel de Atlanta. Y con el más tenebroso espíritu de escarpia fué recogiendo todo aquello que desde el año 1933 significara rebelión del alma puertorriqueña. Rebelión contra el trato de factoría impuesto por el Departamento de Estado a un pueblo grande que quiere vivir su propia vida libre sin el vasallaje yanqui. Es digno de conocerse siquiera el comienzo del documento redactado por los dos sicarios y aquí lo tenemos: "Que comenzando allá para el primer día de mayo de 1933 y continuando hasta fecha la radicación de esta acusación, ambas fechas inclusive, en San Juan, Caguas, Aguas Buenas y otros puntos de Puerto Rico desconocidos para los miembros del Gran Jurado, en el dicho Distrito de Puerto Rico y dentro de la jurisdicción de esta Corte, Pedro Albizu Campos, etc., que de ahora en adelante serán designados como los acusados, cuyos nombres completos y verdaderos si tienen otros que los aquí mencionados son desconocidos para el Gran Jurado, ilegal, a sabiendas y voluntariamente conspiraron entre sí y con otras diversas personas, cuyos nombres son desconocidos para el Gran Jurado, con el propósito de derrocar, y destruir por la fuerza el Gobierno de los Estados Unidos y para oponerse por la fuerza a la autoridad

del Gobierno de los Estados Unidos en forma y por medios desconocidos para el Gran Jurado." Recordemos que es en 1936 cuando el Departamento de Estado resuelve encarcelar a Pedro Albizu Campos y compañeros. Pues para encontrar motivos ese ostentoso Gran Jurado tiene que rastrear su olfato inquisitorial hasta 1933. Lo rastrea porque sólo así atando y atando manifestaciones espontáneas y públicas de hombres que quieren ser libres, que necesitan ser libres porque no nacieron para estropajo del yanqui imperialista, puede justificar en apariencia las sentencias condenatorias a la cárcel de Atlanta. Cecil Snyder es un fascineroso convertido en juez de investigación por el Departamento de Estado. De ahí que el documento acusatorio sea la pieza más cínica y sombría que el imperialismo yanqui puede formar para acabar con ocho voces honradas que no han hecho sino defender de la barbarie a Puerto Rico.

Y a la barbarie la llama el Departamento de Estado "autoridad del Gobierno de los Estados Unidos". Sí, es claro, tiene que darle nombre pomposo, porque en esa forma deprime al puertorriqueño y lo presenta como a un ser miserable empeñado en adquirir independencia. También tenemos que dar a conocer el siguiente pasaje del documento de Snyder: "Fué parte de la mencionada conspiración que los acusados, que eran líderes oficiales, miembros activos y en dominio del Partido Nacionalista de Puerto Rico, un partido político local debidamente organizado de acuerdo con las leyes de Puerto Rico y compuesto por un gran número de personas, el número de las cuales es desconocido para este Gran Jurado, procurarían, inducirían, incitarían y alentarían a los miembros de dicho partido Nacionalista y a otras diversas personas, cuyos nombres son desconocidos para el Gran Jurado, para que que se unieran a ellos con el fin de lograr la independencia política de Puerto Rico de los Estados Unidos mediante la fuerza y la violencia y una revolución armada contra los Estados Unidos, en la que los acusados individualmente, y como líderes, oficiales, miembros activos y personas en dominio del Partido Nacionalista de Puerto Rico tomarían parte activa y directa". Contienen los párrafos anteriores el motivo de la persecución del Departamento de Estado contra Albizu Campos y compañeros. El inquisidor Snyder ha tenido que revelar el fin de su investigación para poder justificar el acopio de datos desde tres años anteriores a la fecha en que el Departamento de Estado le dió autoridad para acusar a los luchadores de Puerto Rico. Lo revela diciendo que conspiran contra los Estados Unidos pidiendo la independencia de Puerto Rico.

Pues todo lo que ese yanqui en funciones de juez logra amontonar en su voluminoso informe es nada más que lo que el puertorriqueño viene haciendo por conquistar su libertad. Por esa libertad robada por el Departamento de Estado que necesita la factoría insular, se organizó el puertorriqueño en un partido. Creció inmediatamente el afiliado de verdad. El Departamento de Estado frunció el ceño, pero no pudo contener la avalancha. Y el partido extendió por la nación entera el centro de combate. Y disgustó al Departamento de Estado, que empezó a mover la fiereza de sus milicias de ocupación. Provocaron conflictos las milicias y como se las había instruído para el crimen, llegaron hasta a asesinar a estudiantes, pretextando que conspiraban contra la autoridad del Gobierno de los Estados Unidos. Y cosa triste, esas milicias tienen unidades puertorriqueñas. El yanqui las forma e incorpora al descastado para que atormente a su propio hermano. Y como había que espiar y perseguir al afiliado que levantara voz condenatoria contra el dominio yanqui en Puerto Rico, las milicias no tuvieron respeto y siguieron en la inhumana tarea de asesinar. Albizu Campos, como jefe reconocido del Pardo Nacionalista, ha organizado la protesta contra el asesinato de las milicias jefeadas por yanquis a quienes el Departamento de Estado llevó a Puerto Rico ya instruídos para el asesinato. Y con Albizu han estado sus compañeros. En cada sitio en que ha sido necesario decir al Departamento de Estado que había asesinado y que el portorriqueño estaba de pie dispuesto a resistir y a responder en el mismo tono, allí estuvo un hombre erguido y sin miedo. A pesar del terrorismo impuesto por las milicias para llenar de pavor al militante portorriqueño, si hubo que llevar al cementerio al compañero asesinado alevosamente, al cementerio fué siempre el nutrido acompañamiento. Y la ocasión fué buena para sacar en cada caso una lección que aprovechar en la defensa de Puerto Rico.

El inquisidor Gran Jurado corrió su olfato por las huellas libertarias de los portorriqueños y cada detalle que no dice de crimen ni de vileza lo armó de gravedad para acusar y pedir condenatoria. Llenó pliegos largos de esas manifestaciones elevadas del pueblo afligido y en opresión. Y luego ante el más desgraciado de los tribunales hizo valer el papasal inmundo. No admitió ese tribunal ninguna de las sólidas razones de descargo dadas por Albizu Campos y demás compañeros.

¿Cómo podía admitirlas si el Departamento de Estado formó el jurado para que hiciera buena la investigación acusatoria de Snyder y diera veredicto condenatorio basado en la maleada investigación? ¡Oh! sarcasmo el del imperialismo yanqui. Piensa que estos pueblos están formados por sólo imbéciles y procede como si nadie fuera a darse cuenta de sus maldades. En Puerto Rico elige a jurados que tienen no ya enemistad contra Albizu Campos y sus compañeros, sino odio, rencor, maldad acumulada. Para esos jurados que sentenciaron a los ocho portorriqueños la autoridad de los Estados Unidos está por encima de todas las vidas de la posesión insular. Por eso los eligió el Departamento de Estado, cínicos, perversos, hombres de taberna. Allí está un tal William E. A. Lee, borracho en una taberna provocando a riña a todo el que intente defender a los acusados. Y ese borracho es de los que el Departamento de Estado eligió para mandar a la Cárcel de Atlanta a Pedro Albizu Campos y compañeros. Allí está otro Frederick J. Todd haciendo de jurado y es nada menos que uno de los directores del National City Bank, división de San Juan, es decir, agencia del imperialismo corruptor y sin freno. Pues este pirata antes de ser electo por el Departamento de Estado para jurado manifiesta públicamente que "los acusados deberían ser quemados vivos". Así procedió el Departamento de Estado y el fallo dado por un jurado compuesto por individuos sacados de las tabernas y de las agencias imperialistas, que son las que explotan a Puerto Rico despiadadamente, no puede honrar al Departamento de Estado. Lo cogerá y lo ostentará porque ese es su sino, sostener su autoridad imperialista en una base podrida, pero a la cárcel de Atlanta no envía a ocho criminales portorriqueños sino a ocho víctimas. El papel de victimario lo sabe representar admirablemente bien el poder que mejor sirve los designios del imperialismo yanqui. En este caso un jurado formado por individuos del hampa más despreciable le sirve de pretexto para su crimen.

Dirán algunos que somos malos abogados de la causa de Puerto Rico tratando en forma condenatoria la política tortuosa y mezquina del Departamento de Estado. Es posible que a los mismos portorriqueños moleste la aspereza de nuestra pluma. Pero los crímenes del imperialismo yanqui sólo merecen el lenguaje condenatorio. Mentira que valen peticiones llenas de reconocimiento respetuoso para obligar al Departamento de Estado a ser justo. Por eso no podemos pedir que contra la inmunda sentencia dictada por un jurado compuesto especialmente de desalmados, se hagan solicitudes de perdón. Eso es justificar el acto vandálico del Departamento de Estado. Y no debemos ser escitas. Si nos lanzan el látigo respondamos con el látigo. Contra la pillería inmensa de haber condenado a Pedro Albizu Campos y compañeros lo que debe hacer la América nuestra y el mundo civilizado, que en esta hora de transformaciones quiera estar atento al más elemental principio de justicia social, es lanzar contra el imperialismo yanqui el dicterio fuerte. En Puerto Rico han cometido un crimen horrible. Piensa el Departamento de Estado que sacando de su factoría insular a ocho vidas visionarias e indomables, infundirá la desorientación y el movimiento por la independencia desaparecerá. Pero está atolondrado. En Puerto Rico, cada militante es una voluntad recia. Esos ocho combatientes irán a la cárcel inmunda de Atlanta, pero la vigilancia y la lucha seguirán activas en Puerto Rico. Para deshonra del Departamento de Estado que con jurados sacados de tabernas y de agencias imperialistas condenó a ocho portorriqueños de honor.

El que quiera tratar el caso de Puerto Rico buscando el lenguaje suplicatorio, pierde el tiempo en esta hora de agresividad imperialista. Nosotros estamos de corazón con la causa de Puerto Rico y por eso la defendemos con honor. Condenamos la pillería yanqui y estamos seguros del triunfo de Puerto Rico. Si Albizu Campos y compañeros son trasladados a la cárcel de Atlanta, no será estéril el sacrificio. El Departamento de Estado sufrirá humillación. Tiene que ser humillado ese poder satánico que para hacerse de ocho vidas grandes y arrebatarlas a Puerto Rico, necesita ir a la taberna a escoger al beodo y a la agencia bancaria a dar de alta al pirata para formar Jurado. Puerto Rico está salvado.

Albizu Campos en la cárcel...

Por VICENTE GEIGEL POLANCO

= *Envío del autor.* San Juan de Puerto Rico =

El Gobierno de Estados Unidos, consciente de que el movimiento independentista gana terreno en Puerto Rico y que el pueblo de esta Isla rechaza la tutela yanqui, ha iniciado una ruda persecución contra los líderes del Partido Nacionalista. Por un supuesto delito de conspiración para derrocar al Gobierno de Estados Unidos en Puerto Rico y por el **delito** cierto de laborar decididamente por la independencia de nuestro país, el doctor Pedro Albizu Campos, el poeta Juan Antonio Corretjer, el periodista Clemente Soto Vélez y los patriotas Luis F. Velázquez, Julio H. Velázquez, Juan Gallardo Santiago, Pablo Rosado Ortiz y Erasmo Velázquez —distinguidos líderes del Nacionalismo Puertorriqueño—han sido convictos por la Corte Federal de Estados Unidos en Puerto Rico y condenados a sufrir varios años de prisión en la penitenciaría de Atlanta.

La palabra de Pedro Albizu Campos, recia, vibrante, acusadora, fortalecida por la austeridad de una vida sin tacha, ennoblecida por la causa emancipadora a que consagra él las más puras expresiones de su espíritu, exaltada en las emociones del más legítimo patriotismo; esa palabra que era a modo de una sacudida espiritual sobre la conciencia aletargada de su pueblo, cuando este pueblo estaba sumido en la noche colonial, sin el vislumbre de una sola esperanza de redención; esa palabra que avivó en los puertorriqueños el sentido unitario de la patria, suscitando fuerzas insospechadas para la lucha por la independencia; esa palabra que se enciende de coraje para enfrentarse con los detentadores de nuestra soberanía y fustigarles con cívica entereza; esa palabra alumbrada de verdad y de firme orientación patriótica, pretende silenciarla el imperio. Pero el imperio fracasará en este inútil empeño de callar el verbo más elocuente del nacionalismo puertorriqueño, porque el acento de esa palabra austera seguirá vibrando en la conciencia del pueblo puertorriqueño, y por un fenómeno cierto de patriotismo y de superior comprensión, desde la penitenciaría de Atlanta, la palabra cálida de Pedro Albizu Campos seguirá trazando a nuestro pueblo una trayectoria de gloria, de lucha y de sacrificio hasta lograr el pleno reconocimiento de nuestra soberanía.

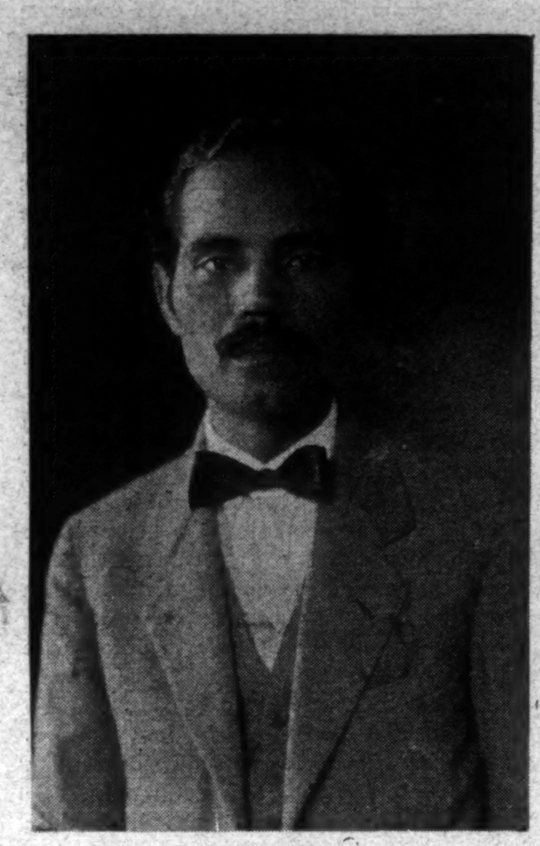
El imperialismo está a la defensiva en Puerto Rico. Siente que flaquea la armazón colonial frente a la piqueta demoladora del nacionalismo auténtico y pretende en vano apuntalar el edificio en ruinas. Observa el imperialismo que sus tácticas disociadoras ya no funcionan como en otros días, porque va perfilándose la conciencia nacional de Puerto Rico, y en vano trata de apagar el verbo de avanzada del movimiento emancipador. Cuando el sentimiento de la libertad prende en la masa como fuerza social orientadora, como acontece ahora en Puerto Rico, no hay poder humano capaz de detener su avance. Por eso el imperialismo se ha desenmascarado en Puerto Rico y por su propia iniciativa ha dado al traste con la farsa democrática que él mismo estableció aquí para engañar el pueblo y facilitar su política de explotación económica. Despojado de su falsa indumentaria, hoy se muestra a nuestro pueblo en toda su fiereza brutal, atropellando las garantías constitucionales, coartando la libertad de palabra, negando el derecho de asociación, perturbando la paz ciudadana, estableciendo procesos inquisitoriales, violando la santidad del domicilio con registros ilegales, persiguiendo las agrupaciones cívicas, utilizando la fuerza armada para violentar los sentimientos de honor de nuestro pueblo, valiéndose de la coacción para destruir la fortaleza moral de nuestros hombres y encarcelando a los más altivos paladines de las libertades públicas. El imperialismo está a la defensiva. Sabe que su causa está perdida y que la voluntad de un pueblo que quiere ser libre puede más que toda la fuerza armada del imperio. Los poderes reaccionarios de la colonia tienen ya el presentimiento de la derrota inevitable. Por eso se juegan la última carta: la de la persecución manifiesta, la del atropello a pleno sol, la del encarcelamiento injustificado, la de la mordaza sin escrúpulo. Tácticas de tiranía en disolución que, en lugar de alcanzar sus objetivos nefastos, sólo logran la unificación del pueblo atropellado para la más efectiva demanda de sus derechos.

Camino de Atlanta van los líderes del nacionalismo. Físicamente van al destierro. Van a algo más doloroso que el destierro. Por la fuerza se les arranca de la patria amada, del escenario de sus luchas patrióticas, para encarcelarlas en una lejana penitenciaría del imperio que detenta la soberanía de su tierra. Moralmente, ellos siguen vinculados al lar nativo. Espiritualmente, siguen alentando con la pureza de su apostolado y la gloria de su sacrificio el movimiento emancipador. El régimen no trata de encarcelar a unos hombres; persigue a una causa. No trata de atropellar a unos líderes: atropella a un ideal. Pretende destruír el movimiento libertador de Puerto Rico. Pretende afianzar la colonia. Pretende que sólo haya margen para la política contemporizadora. Afortunadamente, la semilla penetró hondo en el surco y ha fructificado en forma abundosa. Afortunadamente, la causa es más poderosa que el régimen y el ideal es más fuerte que el imperio. El sentimiento de independencia está tan profundamente arraigado en la mente y en el corazón de nuestro pueblo y éste la siente hoy como una necesidad social tan inaplazable que ninguna de estas maquinaciones torpes del imperialismo logrará menoscabar la lucha. Por el contrario, la indignación popular que hoy sacude la Isla de de Puerto Rico de uno a otro extremo, ante lo sucedido con los caudillos del nacionalismo, testimonia de manera elocuente que nuestro pueblo no cejará una sola línea en su lucha persistente por la libertad.

La protesta es general. Sin distinciones políticas, sin diferencias de clase, unidos todos los puertorriqueños en un mismo sentimiento de patria y de defensa nacional. Por unanimidad condena nuestro pueblo el atropello perpetrado en hombres de tanta valía moral en nuestra sociedad. Procuremos aprovechar este atropello para solidarizar todas las fuerzas independendistas del país, para presentar al imperio un poderoso frente popular de acción cívica en pro del inmediato reconocimiento de nuestra independencia, para poner de manifiesto que la voluntad puertorriqueña repudia la colonia y toda su política de expoliaciones y de injusticias, y que sólo tiene una aspiración nacional: el establecimiento de la República sobre bases de auténtica justicia social.

Albizu Campos en la cárcel es un símbolo del régimen que prevalece en Puerto Rico.

(Pasa a la página 110)



Pedro Albizu Campos

Jefe del Partido Nacionalista de Puerto Rico

Carta alusiva

San Juan de Puerto Rico,
3 de agosto de 1936.

Sr. don Joaquín García Monge,
San José, Costa Rica.

Mi distinguido amigo:

Comunico a usted la última hazaña del Gobierno de Estados Unidos en Puerto Rico: don Pedro Albizu Campos y siete líderes del Nacionalismo Puertorriqueño han sido condenados por la Corte Federal a diez años de presidio en la penitenciaría de Atlanta, por laborar en favor de la independencia de Puerto Rico. El atropello es inaudito. Se pretende acallar el verbo más puro del movimiento de integración nacional puertorriqueña.

En vísperas de un Congreso Panamericano en favor de la paz y la cordialidad constituye un dato de trascendental importancia para los hispanoamericanos, en cuanto a la buena fe de Estados Unidos en esta empresa pacifista, la persecución y encarcelamiento de los hombres que luchan por la independencia de Puerto Rico.

El suceso debe noticiarse a toda la América nuestra. Recabamos para ello la generosa ayuda de su semanario y su valiosa cooperación intelectual. Puerto Rico ha menester del apoyo moral de todos los hombres libres de América.

Cordialmente suyo,

V. Geigel Polanco.

Grandeza y miseria de Andrés María Ampére

Por JOSE GALLEGO DIAZ

= De El Sol. Madrid =

Quien no se contenta con valorar la importancia de los descubrimientos realizados en el horizonte de la ciencia por sus más audaces exploradores y quiere ahondar en la psicología del sabio y escrutar los íntimos resortes que impulsan y aceleran la conquista de lo desconocido, tal vez no encuentre ejemplo más aleccionador que la vida, dolorosa y trágica, de Andrés María Ampére.

Si ante su obra se siente el vértigo, natural en el que se asoma a un pretil, creyendo próxima la ribera, y advierte cómo el cauce se ensancha más allá de todo límite; ante las vicisitudes de su existencia, ante la lucha enconada con su destino adverso, interferencia constante de angustias y triunfos, no cabe otra postura que la de acallar momentáneas inquietudes y meditar en silencio.

Los años de su infancia trascurren en Poleymieux, pueblecito cercano a Lyon. Allí, su padre, Juan Jacobo Ampere, comerciante de sedas, había adquirido una finca de campo, amable residencia familiar, que permitió a sus hijos la lectura de la Enciclopedia y de los clásicos, a la sombra de los cerezos en flor. Pero aquella apacible atmósfera iba a ser turbada muy pronto por huracanes jacobinos. El 24 de noviembre de 1793, el Comité revolucionario de Lyon condena a muerte al ciudadano Ampere, por supuestas—e infundadas— tendencias reaccionarias. Antes de subir a la guillotina escribe a su mujer para darle el último adiós. Le recomienda que no entere a su hijo mayor, absorto en el estudio de la Mecánica Analítica de Lagrange. Unas líneas después le dice, textualmen te: "Quant a mon fils, il n'y a rien que je n'attende de lui".

La muerte de su padre sumió en absoluta postración al que luego fué llamado "Newton de la electricidad". Las cartas de Rousseau sobre la botánica tuvieron la virtud de despertar el entusiasmo dormido en aquel eclipse de su actividad intelectual. Y a los veinte años, aun convaleciente de la dramática escena, paseaba muy de mañana por las colinas que abrazan a Poleymieux, y mientras recitaba en latín las odas de Horacio, recogía florecillas, herborizaba complacido y volvía a su casa, henchido el pecho de mágicas esencias y con el pensamiento embriagado de armonías inefables.

El mismo nos cuenta cómo un día, "después de ponerse el sol y a orillas de un solitario arroyo", conoció a Julia Carron. La historia, encantadora y sencilla de sus amores, quedó descrita en un cuaderno, redactado a modo de diario, que ha sido publicado, junto con su correspondencia, hace muy poco tiempo. He aquí algunas frases de excepcional candor: "Domingo 10 de abril (1796). La he visto por primera vez. Domingo 18 de septiembre. He visto a Julia jugar a las damas después de misa. Martes 18 de octubre Me he abierto a la madre, la cual no ha querido quitarme toda esperanza. Lunes 10 de abril (1797). Mientras estaban colocando unos cristales, y en ocasión en que la señora Carron estaba fuera, he recordado a Julia que hoy era el aniversario de uno de los días más hermosos de mi vida. Lunes 3, de junio. Por fin han venido a vernos hoy, a las cuatro menos cuarto. Fuimos por el sendero central y me subí a un gran cerezo, desde donde le eché cerezas a Julia. Después vinieron mi hermana, Elisa y los demás. Yo cedí mi lugar a Francisco, quien bajó las ramas para que pudiéramos alcanzar las cerezas nosotros mismos, cosa que divertía muchísimo a Julia. Trajeron la merienda, y entonces sentóse en el suelo, y yo me acosté a su lado sobre la hierba. Yo comía las cerezas que habían estado sobre sus rodillas. Después, fuimos al jardín, en donde ella aceptó un lirio de mi mano. Llegamos luego a ver el arroyo. Yo le di la mano para que saltase de la tapia, y luego, las dos manos para que volviese a subir. Me senté a su lado, junto al arroyo, lejos de Elisa y de mi hermana. las acompañamos por la tarde hasta el molino de viento, y aun me senté al lado de Julia para observar la puesta de sol, que doraba su vestido de una manera encantadora. Se llevó un segundo lirio que aun tuve de paso ocasión de darle." Páginas y páginas teñidas de luminosa alegría, de emociones puras, elementales, que parecen evocaciones de "Dafnis y Cole" o de "Hermann y Dorotea". La falta de recursos impidió a los jóvenes enamorados realizar sus propósitos matrimoniales, y, como ocurre en tantos noviazgos a la española, tuvieron que aguardar algunos años. Los suegros intentaron, para abreviar la situación, dedicar al comercio a Ampere; pero la absoluta incapacidad de éste para los negocios los hizo desistir de tan funesto empeño. Durante el idilio alternó sus trabajos científicos con otros literarios, revelando un talento poético nada vulgar.

Andrés María Ampére
(1775-1836)

El casamiento se efectuó por fin en 1799, y entonces comienza la verdadera lucha por la vida en el sentido literal de la palabra. Los ingresos eran tan exiguos, que se vió obligado a dar clases de matemáticas a precios irrisorios. Ante la perspectiva de lograr un empleo fijo, solicita y obtiene un puesto de profesor en la Escuela Central de Bourg, dotado con la "enorme" cantidad de 2.600 francos anuales. Su mujer, que acaba de darle un hijo—Juan Jacobo, destinado a brillar más tarde en los salones de madame Récamier—, se encuentra enferma y él se marcha solo a su cátedra, con el sufrimiento y la amargura de quien camina abrumado de espaldas a la fortuna. La frecuente correspondencia que mantiene con su esposa nos hace conocer el temple magnífico de su espíritu. Frente a esta avalancha de contratiempos, inundado de tristeza y de ternura, soporta con coraje la estación desagradable y áspera, y sólo en una carta le brota la angustia a borbotones y le dice a la confidente de sus esperanzas: "¿Será posible que tú vivas privada de tantas cosas indispensables mientras rebosan de riquezas mucho que ni siquiera las merecen?"

La excesiva miseria —tanta, que ni aun las medicinas necesarias podía comprar — agotaron la débil naturaleza de su mujer, y el fatal desenlace no tardo en producirse, precisamente en la fecha en que, recién trasladado a la escuela de Lyon, todo hacía presumir felices augurios.

La condición humana, incapaz de someterse a las líneas inflexibles de una trayectoria hermética, salva en vuelo directo las dolorosas zonas de desgarramiento interior, y se eleva, en alas de su genio, a los más altos designios. Así, tras lacerante época, surge otro Ampere, no menos grande. En 1805 es nombrado repetidor en la Politécnica de París, merced a la influencia de Delambre y de Lagrange, los cuales habían apreciado en las "Consideraciones sobre la teoría matemática del juego" cualidades sobresalientes para la investigación en su joven autor. Ya en París, a la busca de la dicha perdida, contrae nuevo matrimonio con una burguesa absurda, llena de prejuicios, de ideas estrechas y de vanas ambiciones. Se concibe lo que debió de sufrir Ampere en su nueva vida conyugal, regida por el criterio de medir todas las cosas a la luz del dinero. Separados amistosamente, supo por un subalterno el nacimiento de su hija Albina. Comprobamos otra vez el incesante juego de miseria y preocupación, de alegría y de triunfo, que orló toda la vida del eminente físico.

Su apetito insaciable por saber y descubrir lo llevó rápidamente a notables hallazgos. En el campo de la química, el principio de Ampere-Avogadro, los fundamentos de la estereoquímica, sus investigaciones sobre el cloro y el fluor, que lo condujeron a afirmar su existencia como cuerpos simples, son otros tantos ejemplos de su maravillosa actividad. Como psicólogo su colaboración con Maine de Biran, con Destutt de Tracy y Cabanis, atestiguan la capacidad filosófica de su mente enciclopédica. Su "Ensayo sobre la filosofía de las ciencias", en donde por vez primera se emplean las palabras "geometría analítica" y "cinemática", luego tan popularizadas, representa un esfuerzo plausible encaminado a demostrar la unidad de la ciencia. En matemáticas, su "Integración de las ecuaciones en derivadas parciales", publicada en 1816, así como su "Aplicación del cálculo de variaciones a la mecánica", y otras Memorias sobre cálculo de probabilidades y teoría de curvas, que vieron la luz en el "Journal" de la Escuela Politécnica, se leen hoy tanto por la generalidad de las solucio-

nes encontradas como por la originalidad del método seguido.

Pero donde culmina, indudablemente, su genio creador es en el dominio de la electricidad y el magnetismo. No vamos a señalar los descubrimientos famosos que perpetuarán su nombre en la historia de la Física. Es familiar a cualquier estudiante de ciencias la ley fundamental de la electrodinámica, formulada y demostrada con todo rigor matemático por Ampere en 1820. Las experiencias de Oersted, glosadas por Arago en la Academia de Ciencias de París el 4 y el 11 de septiembre, fueron el punto de partida para la idea capital que iba a revolucionar y trasformar toda la electricidad moderna. Los años de 1820 a 1826 constituyen el período heroico de su carrera. Como Pallas Atenea de la cabeza de Zeus, surge de la de Ampere toda la electrodinámica, armada y victoriosa, dispuesta a seguir por el camino de los grandes descubrimientos, después de proclamar que el magnetismo y la electricidad no eran fenómenos extraños, sino manifestaciones de una misma fuerza. Las dínamos, el telégrafo, la iluminación eléctrica, estaban allí en germen. Pero el sabio que cultivó la ciencia, apasionadamente, desinteresadamente, no se molestó en buscar las aplicaciones prácticas de sus trascendentes investigaciones. Un Edison cualquiera coordinaría en un futuro no muy lejano, y a fuerza de paciencia, lo que para un espíritu de calidad era, sin duda, un quehacer secundario.

13 Bandas y 48 estrellas

Poema del Mar Caribe

Por RAFAEL ALBERTI

= *Cortesía del autor.* En un cuaderno de 44 págs. Madrid, 1936. Precio del ejemplar: 3 pesetas =

(Viene del número antepasado)

Cuba dentro de un piano

(1900)

Cuando mi madre llevaba un sorbete de fresa por sombrero
y el humo de los barcos aun era humo habanero.

Mulata vueltabajera...

Cádiz se adormecía entre fandangos y habaneras
y un lorito al piano quería hacer de tenor.

...dime dónde está la flor
que el hombre tanto venera.

Mi tío Antonio volvía con aire de insurrecto.
La Cabaña y el Príncipe sonaban por los patios de El Puerto.
(Ya no brilla la Perla azul del mar de las Antillas.
Ya se apagó, se nos ha muerto.)

Me encontré con la bella Trinidad...

Cuba se había perdido y ahora era de verdad.
Era verdad,
no era mentira.
Un cañonero huído llegó cantándolo en guajira.

La Habana ya se perdió.
Tuvo la culpa el dinero...

Calló,
cayó el cañonero.

Pero después, pero ¡ah! después
fué cuando al **si**
lo hicieron **yes**

Casi són

... neglo tienen muerto.
LOPE DE VEGA

Negro, da la mano al blanco.
Blanco, da la mano al negro.
Mano a mano,
que Cuba no es del cubano,
que es del norteamericano.

¿Ves, ves, ves?
El negro va a cuatro pies,
el negro baila la rumba,
y aunque se vuelva tarumba
del derecho o del revés,
¿ves?,
el negro va a cuatro pies.

Mano a mano,
que Cuba no es del cubano.

Digo, dice, dice, digo...
digo que el cañaveral
sabe muy bien que el Central
muele con viento enemigo.
Te lo dice un negro amigo:
Blanco, ¿tú no ves
que el blanco va a cuatro pies?
¡Tú, tan listo, y no lo ves!

Los yanquis vienen volando,
urracas azucareras,
urracas que urraqueando
hasta nos están llevando
el aire de las palmeras.

Negro, da la mano al blanco,
dala ya,
dásela ya.
Blanco, da la mano al negro,
dala ya,
dásela ya.
Y al yanqui que viene y va,
negro, dale ya,
negro y blanco, dadle ya.

Mano a mano
contra el norteamericano.
Negro, mano a mano,
blanco, mano a mano,
negro y blanco, mano a mano,
mano a mano,
mano a mano.

(Por el mar Caribe me bajaba el cielo
la voz firme y pura de Juan Marinello,
la desconocida de Pedroso y el
recuerdo mojado de José Manuel.
Diez era de mayo cuando el Siboney
zarpó de la palma cubana al maguey
que el mar mexicano citó a recibirme,
las dagas abiertas, gentil, para herirme.)

México

(El indio)

Todavía más fino, aún más fino, más fino,
casi desvaneciéndose de pura transparencia,
de pura delgadez como el aire del Valle.

Es como el aire

De pronto, suena a hojas,
suena a seco silencio, a terrible protesta de árboles,
de ramas que preveén los aguaceros.

Es como los aguaceros.

Se apaga como ojo de lagarto que sueña,
garra dulce de tigre que se volviera hoja,
lumbre débil de fósforo al abrirse una puerta.

Es como lumbre.

Lava antigua volcánica rodando,
color de hoyo con ramas que se queman,
tierra impasible al temblor de la tierra.

Es como tierra.

2

Como tierra de cactus y magueyes,
de órganos que edifican verdes templos,
como bóvedas de aire, con techumbres
limpísimas de aire, sol y agua.

Los caminos se cansan, se desploman
de tanta hundida huella de guarache.
Kilómetros y leguas, derrotados,
abandonan las largas lejanías.

Se sabe, se comprueba que no eres
esa curva monótona y sin músculo
que por los anchos muros oficiales
Diego Rivera ofrece a los turistas.

Contra el gringo que compra en tu retrato
tu parada belleza ya en escombros,
prepara tu fusil. No te resignes
a ser postal de un album sin objeto.

Que no eres sólo el tema de una estrofa,
ni el color complemento del paisaje,
ni ese perro furioso que se tumba,
dócil, después de herir, al pie del amo.

Eres México antiguo, horror de cumbres
que se asombran batidas por pirámides,
trueno oscuro de selvas observadas
por cien mil ojos lentos de serpientes.

Contra los gachupines que alambican
residuos coloniales por sus venas,
prepara tu fusil. Tú eres el indio
poblador de la sangre del criollo.

Si él y tú sois ya México, ninguno
duerma, trabaje, llore y se despierte
sin saber que una mano lo estrangula,
dividiendo su tierra en dos mitades.

(Seguirá)

Notas

Toda mi infancia en el Puerto de Santa María, Puerto Real y la isla de San Fernando estuvo rodeada de una atmósfera clara y romántica de canciones, palmeras, loritos y palabras de la isla de Cuba. Mis primos más pequeños han sido arrullados en sus cunas por los sones habaneros de una mulata. Es-

paña había perdido su última colonia de América; pero su recuerdo permanecía vivo, más que en todo el resto de la Península, por los patios frescos y sombríos de los puertos de Cádiz. Todos los barcos que arribaban de América a sus muelles sólo podían venir de la Habana para nosotros. Los cigarros que fumaban nuestros tíos eran habaneros; los sombreros absurdos que usaban nuestras madres eran habaneros; los negritos que en la mañana barrían la puerta del casino eran habaneros; lo mismo que algunos padres que visitaban los domingos a sus hijos, alumnos con nosotros en el colegio de los jesuítas. También eran de la Habana, o por lo menos habían vivido allá peleando con los insurrectos. Este pensamiento nos lo sugería sólo el detalle de vestir estos señores el uniforme de la Marina de guerra, cuya escuela se encontraba en la isla de San Fernando, distante del Puerto a media hora de marcha por una orilla clara de pinares.

Cuba ha sido llamada el azucarero del mundo. Aunque la isla no es más grande que el Estado de Mississippí, produce cada año un millón de toneladas más que la India, el país que ocupa el segundo lugar en la producción de azúcar... La propiedad de Cuba está casi por completo en manos del National City Bank, cuyas venticuatro sucursales en Cuba prestan dinero a hacendados de la isla con hipoteca de su azúcar, al 10 por ciento de interés. Después del azúcar, los ferrocarriles y los puertos representan las inversiones yanquis más importantes. Luego, siguen servicios públicos, tabaco, fábricas, minas, comercio, agricultura, en fin, todo incluyendo hasta el aire que respiran los heroicos cubanos. Varias veces han desembarcado los marinos yanquis en la isla con el pretexto de defender la vida a los explotadores de Wall Street. Y aun hoy, después de la caida de Machado, el coronel Batista, del brazo del embajador Caffery, no tendría vergüenza ni temor de bajar a los muelles de la Habana para recibir a los grandes acorazados de la diplomacia del rifle. Pero los antiimperialistas negros y blancos de la isla de Cuba, mano a mano, sabrían hacer con esta clase de yanquis lo que yo les aconsejo y pido en este **Casi són.**

Cuando yo llegué a la isla de Cuba, por el solo delito de dirigir y pertenecer a la redacción del periódico antiimperialista **Masas**, Juan Marinello, el poeta obrero Regino Pedroso y José Manuel Valdés Rodríguez, mis amigos y camaradas, cumplían la condena de seis meses en el Castillo del Príncipe. No olvidaré nunca la visita que les hice, hasta el atardecer, en la vieja fortaleza del tiempo de la Colonia.

Gringos, llaman los mexicanos, despectivamente, a los yanquis.

Desde el siglo XVI los españoles comienzan la explotación minera de México. Descubierto el petróleo en la Huasteca a principios de este siglo, los yanquis, como antiguamente los españoles, se aprovecharon de esta fuente de riqueza. El trabajador mexicano sólo conoce al explotador **gringo** por el jornal que percibe por su trabajo, jornal que en las épocas de auge apenas si le permite mal vivir.

El capital extranjero invertido en México asciende a trece mil millones de pesos. La riqueza mexicana lo es porque está en México; pero el país apenas si participa de ella. La lucha por las materias primas ha llevado a los yanquis a intervenir directamente en la historia mexicana. El Presidente Huertas, que favorecía los intereses de Inglaterra, vió el país invadido por las fuerzas norteamericanas, que llegaron a tomar el puerto de Veracruz, causando numerosas víctimas.

Gachupín, nombre, también despectivo, que se da en México al español establecido en el país.

De los 16 millones de habitantes que componen la población de México, dos millones y medio son indios puros. Un 66 por ciento de la población vive de la agricultura. México es país de agricultura difícil, pues la mayor parte de los campesinos no tienen tierra. El encomendero español desposeyó al indio. La política agrarista que empieza ingenuamente con el libertador Morelos, sigue su curso rápido a partir de la revolución iniciada por Madero. Pero el problema agrario está de todas maneras en pie, a pesar de haber dado su vida por él hombres tan puros como Emiliano Zapata. Solamente dos millones y medio de hectáreas se han repartido entre los campesinos. El líder obrero Vicente Lombardo Toledano, hace poco, en un mítin de unificación del proletariado mexicano, entregó al Comité de Defensa Proletaria una pequeña bandera nacional en la que nuestro don Ramón del Valle Inclán había escrito, contra los encomenderos de allá y de todas partes, esta estrofa:

Indio mexicano,
mano en la mano
mi verdad te digo:
lo primero,
matar el encomendero,
y después,
segar el trigo.

Nuestra lucha en España

La adhesión de Waldo Frank

= Envío del autor. Trad. del Rep. Am. =

Durante las últimas semanas, he estado viviendo en espíritu y corazón con los camaradas españoles. Estar imposibilitado para unirse a ellos en este momento, es sensible; pero agradezco esta oportunidad para enviarles un mensaje de adhesión. Envidio a mi amigo Malraux, quien pudo saltar a su aeroplano en París y trasladarse a Madrid en pocas horas.

Ellos también saben en Francia que la guerra empeñada en España es su propia guerra; no es sino una cuestión de pocas horas para que una guerra de igual naturaleza haya de ser sostenida por los franceses. Más difícil es para nosotros los americanos saber que más tarde o más temprano habremos de soportar la misma lucha; que esta guerra también es nuestra; que también nosotros, con nuestra propia carne, sangre y espíritu, habremos de pelear por la misma causa.

A España le corresponde el honor de haber vivido en su plenitud el problema del mundo, esencialmente nuestro, en su forma más dramática y definida desde la Revolución rusa. Después de la catástrofe de la Monarquía, el pueblo español y sus guías, comenzaron a moverse activamente hacia una experiencia revolucionaria apenas comparable, por su acierto, con la que se realizó en Rusia— desde 1905 a 1917— un período histórico que debe ser comprendido —en Rusia —como un movimiento de carácter orgánico. Durante los días de la Dictadura de Primo de Rivera, conocí por primera vez a muchos de los hombres y mujeres que crearon y trataron de dirigir la República. En su mayor parte, eran en esa época, liberales, republicanos, intelectuales pertenecientes a las escuelas sindicalista y socialista, que rechazaban la estrategia marxista pura de la Tercera Internacional como "demasiado política", "demasiado extremista", o "demasiado extranjera". La educación revolucionaria de estos hombres y mujeres, junto con la de los diversos elementos de las masas trabajadoras, ha sido asombrosamente rápida, aunque su proceso haya también sido una de la dolorosas manifestaciones de la desatinada y vacilante Rúpublica. La reacción se ha aprovechado de la división de las izquierdas para sostener el viejo régimen español de connivencia entre los detentadores de la tierra y el clero y los grandes empresarios industriales de Cataluña, Asturias y provincias vascongadas. Hace apenas dos años que plenamente satisfecha de la actuación vacilante de las izquierdas, pretendió limpiar el país de ellas según los métodos nazis ya bien expe-

rimentados. Los trabajadores se replegaron, pero su educación no estaba aún acabada. Fué por la división entre socialistas, comunistas y sindicalistas, por la que no pudo transformarse el movimiento revolucionario inicial en una plena revolución agraria y proletaria. Este error fué la lección final. Fué en el último invierno cuando el Frente Popular barrió el país. Ningún plebiscito más sugestivo se ha verificado en nuestro tiempo. Poetas, maestros, artistas, que diez años antes invocaban a Nietzsche o a Spengler, relacionándose en el terreno mismo con el proletariado industrial ya experimentado y con la minoría organizada de los campesinos en las grandes posesiones territoriales, **advirtieron que hablaban el mismo lenguaje.** Desde aquel día, cuando los trabajadores e intelectuales de España se unieron en una acción común, pasó el período de las ofuscasiones y amaneció el nuevo día. No había tiempo que perder. El pueblo español se sintió capacitado para imponer su voluntad en su propio país, y el viejo propietario lo comprendió así. Los capitalistas, los latifundistas, el clero y el ejército profesional debían dar un golpe de una vez, o irse, como lo hicieron en Rusia.

Han dado el golpe, obedeciendo a un plan que revela la colaboración más experimentada de los ejércitos alemán e italiano. En una veintena de puntos estratégicos (España no es un país centralizado), el Gobierno ha perdido su autoridad como consecuencia de un golpe rápido. Que el golpe haya fallado se debe a los miles de pechos desnudos de humildes hombres y mujeres que se levantaron para hacerle frente a los cañones y a las bombas de los aeroplanos de la carnicería organizada.

Se ha preguntado: si el pueblo español entero está al lado de su gobierno, ¿cómo pueden los rebeldes fascistas provocar y sostener una lucha semejante? La respuesta es sencilla: todo ha dependido del auxilio del Fascismo Internacional, tanto en dinero como en armamentos. En el Frente Popular están los trabajadores industriales, extensos grupos de la clase media, todos los intelectuales dignos de este nombre, los campesinos más educados y las clases no profesionales del ejército: en otras palabras, las mismas fuerzas sociales que estuvieron con Lenin en octubre. Pero hay una peligrosa diferencia. El pueblo ruso, después de tres años de guerra mundial, estaba armado y bien entrenado, y aun los mismos mujics, políticamente retrasados, sabían lo bastante para ponerse al lado de los trabajadores revolucionarios, quienes simplemente significaban para ellos la devolución de la tierra. En el presente conflicto, los trabajadores están relativamente mal armados. Contra ellos se levantan los elementos profesionales del Ejército con aeroplanos y cañones; contra ellos están el capital y el crédito de las grandes industrias españolas. En contra del pueblo, también combate la Iglesia: los discípulos del Príncipe de la Paz, brazo a brazo con las grandes fortunas del Capital y con los cañones de grueso calibre; y en el despertar de la Cruz, cohortes de ingenuos creyentes, educados para creer en lo que dice el **padre**, quien en este momento les asegura, en términos piadosos, que el Gobierno de Madrid quiere arrebatarles la tierra y "socializar" a sus mujeres. Contra el pueblo, también, pelean —como siempre— los elementos despreciables de las más bajas clases, desocupados y hambrientos, a los cuales el Capitalismo ha convertido en **gangsters** del Fascismo —la legión armada de miserables en la cual siempre han confiado Mussolini y Hitler y en la que también confiarán mañana nuestros Duponts y nuestros Morgans.

Finalmente, contra el pueblo de España se enfrenta el Fascismo superiormente organizado de Alemania y de Italia, dispuesto a conquistarse a España, cueste lo que cueste, en favor de su causa, para ampliar así el cerco que ha de oprimir a las democracias occidentales de Europa. Los países que combatieron al principio a la Unión Soviética fueron debilitados por la guerra y se hallan ahora divididos; los países que ahora ayudan secretamente a los fascistas españoles, están, a su vez, preparados para la guerra, y tienen casi veinte años de experiencia de la Unión Soviética, para prevenirse en cuanto a su propio destino, si ellos abandonan al tiempo su aspirción a la conquista de Europa. Alemania sabe particularmente que la victoria fascista en España constituiría la señal de una revolución fascista en Francia, y como consecuencia de ello, acaso, posibilidad de Hitler para dictar su ley en el Oriente y en los países del Sur Este.

Estos constituyen algunos de los motivos, establecidos así incidentalmente, que explican por qué la suerte de la Revolución española está íntimamente unida a nuestro propio destino. Pero aun en el caso de que, por una circunstancia cualquiera, la lucha hubiera de localizarse en España, no tendríamos por qué dejar de apreciar en su verdadero sentido la importancia de esa empresa. España es un país de inmenso poder; el genio y la vitalidad que en gran parte contribuyeron en la obra de creación de los pueblos americanos, ha permanecido por largo tiempo reprimido. La conquista de España por su propio pueblo significa una victoria sin precedente para el espíritu humano. La influencia de España en los continentes americanos, desde México a la Argentina —después de un siglo de eclipse— está creciendo otra vez. Una España socialista sería la señal para un futuro levantamiento de estos pueblos que habitan tierras mucho más variadas y mucho más extensas que las de la Unión Soviética. Y no hay duda alguna de que en esta hora los horrendos caballeros de Berlín y de Roma, sí, y también los de Londres y de Washington, saben que esto será así, tanto como yo lo sé.

España está luchando por la buena causa de todos nosotros. Acerca del resultado final, no hay la menor duda. Aun en el supuesto de que todo el mundo occidental se convirtiera al Fascismo, por la ley férrea del capitalismo y del imperialismo, pronto se destruiría a sí mismo por la acción del pánico y de la sangre; y los pueblos que sobrevivieran a la catástrofe, sangrados implacablemente, tendrían que orientarse hacia la única forma posible de política **humana**, respecto a la organización industrial del mundo, hacia el Socialismo y, como un florecimiento de ideales, hacia el Comunismo con la aparición, **al fin**, de los verdaderos seres humanos. Pero mientras tanto, si los Fascistas ganan la primera batalla, la presente generación (los desvalidos y nuestros niños) será duramente aniquilada. España está peleando por la buena causa y en tanto que la victoria de sus obreros y campesinos e intelectuales contra el asalto Internacional del Dinero y de una Iglesia corrompida, se obtenga para todos, los camaradas de España están luchando por nuestra causa.

Truro, Mass. 5 de agosto de 1936.

Comentarios al Mensaje de Waldo Frank

= *Nota editorial.* Agosto 12 de 1936 =

Waldo Frank define con amplia claridad el origen del movimiento reaccionario de que es víctima la República Española en este momento. Conviene aclarar algunas cuestiones para formarse un concepto justo de lo que pasa en España.

No se trata de una revolución

En verdad el acto del ejército español no constituye una revolución, sino un golpe de Estado dado sin inteligencia y sin finalidad. El derecho de revolución es un derecho popular. El pueblo que en el régimen representativo republicano, es el que otorga poderes a los magistrados del Ejecutivo, puede en circunstancias especiales arrebatar esos poderes por un acto de fuerza, contra un gobierno que haciendo olvido de sus obligaciones legales, se mantiene por la fuerza contra la voluntad popular. En España ni el Gobierno ha abandonado los carriles de la legalidad, puesto que la República iba viviendo ordenadamente sus instituciones naturales, ni el Gobierno se estaba manteniendo por la fuerza para producir un estado de inquietud en la nación. Tampoco el pueblo español, en sus tres cuartas partes, por lo menos, tenía queja que levantar contra la racional conducta del Gobierno.

El otro origen de una revolución en su verdadero sentido jurídico y social, puede ser la necesidad sentida en un país de una transformación total del régimen gubernamental y legal que vive ese país. Nada parecido a esto pasa en España. Esto último ya estaba hecho, es decir, el pueblo español había sustituído el gobierno monárquico por el republicano y se está iniciando ampliamente en un proceso de transformación de todas sus instituciones, tanto jurídicas como sociales. España sí puede decirse que está en plena revolución orgánica y que eso no es obra de un día ni de una generación. España sí ha vivido en plena revolución desde el momento en que en su seno surgió la idea republicana y se formó el Partido Republicano. Haber destronado a los Borbones no fué una obra incidental: es la consecuencia final y necesaria de un recio combate sostenido con más o menos fortuna por largo tiempo.

Lo de ahora no tiene sentido. Los españoles le dan uno y que es el único que le corresponde: el de infidelidad de una parte del ejército español que estaba al servicio de la República. Es sencillamente un acto delictuoso. No es un acto de inspiración nacional, ni tiene la virtud de un ejemplo heroico. Al contrario, por esa dementada debilidad de unos jefes militares inconformes, parte del ejército español se suicida, desaparece en una sangrienta catástrofe. Es necesario decir esto, porque el distintivo de revolución que usan los militares infieles no tiene otro objeto que el de encubrir una gran maldad, o un error. Y error sí es: error de querer falsear el régimen racional de la República por el cual el pueblo español ha peleado hasta el sacrificio; error de no confiar en el desarrollo natural de las instituciones democráticas que sirven más a la nación que las instituciones oligárquicas de la monarquía austriaca; error de desafiar al pueblo español que está de pie en masa contra los levantados para ejercer una tremenda justicia demoledora; error de traer tropas de la colonia para humillar al español libre; error de contar con el apoyo del régimen fascista condenado vigorosamente por la conciencia honrada del mundo civilizado.

Todo esto lo comprenden los desafectos militares o han debido comprenderlo ante el fracaso inicial de su aventura. Por eso y porque no tienen ninguna razón justificativa para excusarse de ese crimen, pretenden asombrar al mundo con la idea de acabar con el comunismo en España. Y es notorio que en España se han organizado otros partidos que no son el comunismo, como expresiones de las ansias públicas, y el más grande de esos partidos es el Republicano histórico al cual están afiliadas las más leales y esclarecidas inteligencias españolas. Nosotros podemos decir que contra el acto equivocado y censurable de los militares se ha levantado la Revolución española, la que anhela el establecimiento de un régimen humano de gobierno y la que realiza un plan de reforma de la vida total del pueblo español. El Gobierno español, presidido por un hombre de la altura de don Manuel Azaña representa la revolución viviente española. Por eso todos los pueblos de la tierra están al lado del señor Azaña y desean su victoria.

Las fuerzas reaccionarias españolas

Las fuerzas reaccionarias de ningún país ha hecho jamás revoluciones. Es ridículo pensar que eso pueda suceder. Una legítima revolución, como la francesa, como la americana del Norte y como la americana del Sur, como la Alemana de 1917, como la Rusa, nunca pueden hacerse por fuerzas reaccionarias. Las grandes revoluciones, realmente renovadoras de intereses, reconstructivas, inspiradoras y profundamente vitales no la pueden hacer las fuerzas muertas de una nación, y las fuerzas muertas de una nación están constituídas por instituciones históricas envejecidas que siempre han sido la nobleza, el ejército y el clero. En el mundo moderno, un nuevo monstruo, se ha sumado a estas tres calamidades: el capitalismo organizado según el sistema gansteriano de los Estados Unidos. Pero el capitalismo es un simple error económico en cierto sentido reparable. Esto es, se pueden organizar las fuerzas económicas nacionales para sustituir el capitalismo egoísta y absorbente por el trabajo social. Este es un tema vasto que aquí interesa secundariamente. Lo que queremos afirmar es el hecho de que aquellas fuerzas sociales muertas de las cuales los pueblos deben prescindir si quieren renovarse, no pueden revolucionar, porque la revolución es vida. Puede suceder que por lamentables equivocaciones históricas, por no saber actuar con prontitud y en su oportunidad contra estas fuerzas muertas, ellas pretenden volvar al reinado de sombras en que vivieron por largos siglos y aun puede darse el caso de que como los espantos vuelvan a reinar momentáneamente en las tinieblas: Francia volvió a ver a un degenerado monarca sobre el podrido trono de los viejos reyes que usaban zapatillas de mujer y se empolvaban como las cortesanas. También España vivió los días grandes de su luminosa República de Salmerón y de Castelar. Pero las fuerzas muertas volvieron a reinar en las tinieblas. Se debió ello a equivocaciones sensibles de las revoluciones, pero nunca se ha debido al hecho de que esas fuerzas muertas posean mayor poder vital que las revoluciones populares.

Lo que en España se ha levantado contra la Revolución republicana y social, son fuerzas muertas, el viejo ejército que no puede avenirse con un régimen de humildad y de sencillez democrática; la nobleza que ha gastado su vitalidad en el orgullo y el clero que se ha olvidado del dios de los hombres y que en lugar de la cruz de Cristo —un amigo de hombres— ha levantado el dios de la concupiscencia, el oro. No deja de ser un espectáculo simbólico este de los sacerdotes huyendo de España, no con el pie descalzo de los apóstoles, no con la saya desteñida de los antiguos frailes buenos, sino en automóvil o en aeroplano, más que como hijos de Cristo perseguidos, como guardias que van protegiendo cargamentos de oro arrebatados al pueblo español.

Si el pueblo español se ha erguido para acabar con estas fuerzas muertas y mortales que ya no jugaban papel alguno histórico en la vitalidad española, es cómico suponer que ellas puedan en su desatentada ambición de volver a mandar, ser representativas de intereses vitales renovadores, propios de una causa revolucionaria.

El fin de la empresa de los alzados

Por respeto moral debe prescindirse de llamar al alarde de fuerza de los factores liquidados de la nación española, revolución. No es sino un intento de salir del fondo de los sepulcros, no a la manera de un Lázaro, evocado por la voz vivificadora de un dios, sino como las sombras infernales del Dante; salir del fondo de los sepulcros para volver a saborear las ventajas injustas que contra el pueblo español disfrutaron por largos siglos. Pero esa empresa fracasará. Fracasará por un solo hecho dinámico, porque al lado del Gobierno del señor Azaña están las masas populares. Y las masas populares son las que realmente llenan de vitalidad todo movimiento de renovación. Los pueblos, cuando no fueron traicionados, triunfaron siempre. Cuando no fueron traicionados por sus gobiernos, y en España el Gobierno nacional no ha traicionado a su pueblo: cuenta más bien con su adhesión para aplastar la rebelión de los nobles y de los sacerdotes. En esta guerra provocada por los tres factores que hemos indicado nada hay de épico de su parte: los que no huyen se han encerrado en las ciudades, y allí mismo en sus reductos están acosados por los pueblos. Salvo alguna que otra región tradicionalmente dominada por nobles y frailes, como lo fué la Bretaña de la Revolución Francesa, no hay un sólo lugar de los precariamente ocupados por los alzados que no sea una tragedia en perspectiva para los levantados. El pueblo los espera en las calles.

El suceso podrá durar algunos días. Esta es una enfermedad y toda enfermedad tiene su proceso. Pero el final es claro. Cada reducto rebelde se convertirá en un sepulcro para los que se suicidan. Y la Revolución, la verdadera revolución seguirá su marcha progresiva: liberación de las masas, cultura popular y afianzamiento de la República.

El ejemplo para nosotros

Los sucesos españoles pueden ser trascendentes en muchos aspectos. Para los pueblos

de la América Hispana, el ejemplo inmediato es indubitable. A nuestros pueblos lo que les interesa es fortificar y seguir viviendo su régimen democrático republicano. Necesitamos, por consiguiente, que en todo gran pueblo, como el pueblo español, en donde se establezca la República, ésta prospere y se afirme. Pero nos interesa algo más, nos interesa que no perezca por la reacción de las fuerzas muertas nacionales. También nos interesa que no perezca bajo el imperio salvaje del nuevo concepto de gobierno, la tiranía ilustrada que ha surgido con el nombre de fascismo. Los pueblos hispanoamericanos conocemos eso y lo hemos combatido durante un largo siglo de experiencia política. En los pueblos cultos de nuestro continente, lo hemos desterrado para que se desenvuelva la vida civil con sus humanas y racionales instituciones. Querer que la República española perezca bajo las bombas de un ejército en rebelión, es autorizar también por la consagración de una torpe doctrina de poder, el quebrantamiento de nuestros gobiernos civiles republicanos. Tenemos que defender esta conquista de civilización; tenemos que aplaudir sus victorias en otras partes. Tenemos fe en la República democrática.

Albizú Campos en la cárcel...

(*Viene de la página 104*)

Albizu Campos es el sentimiento de la libertad en franca lucha con la colonia. Y así como la libertad está aherrojada en la colonia, Albizu Campos, su más aguerrido campeón, está hoy tras los barrotes de un presidio por el solo delito de defender la independencia de su patria.

Es hora de profunda meditación para nuestro pueblo. Con el proceso nacionalista se ha esclarecido la perspectiva de nuestro destino histórico. El margen de tolerancia en que se ha venido desenvolviendo nuestra vida colectiva dentro de la colonia toca a su fin y se cierra en un cerco de opresión. La llamada libertad de palabra era engañosa. Cuando se puso a prueba su eficacia, dieron en la cárcel los que se permitieron turbar la paz encenagada de la colonia. Farsa democrática es toda la estructura institucional del gobierno existente, y al más leve golpe de la verdad se ha bamboleado el edificio, mostrando sus trágicas desnudeces.

Albizu Campos en la cárcel es una lección de objetivo alcance para nuestro pueblo de que el régimen de gobierno que soportamos desconoce todos los derechos civiles y políticos de los ciudadanos. No existen garantías individuales. No funciona el derecho de libre emisión del pensamiento. No hay margen para la acción auténticamente dignificadora. Sólo cabe el politiqueo de mala ley. Sólo cabe la ignominia, la sumisión y el acatamiento a las normas atomizadoras del imperio. Para la angosta mentalidad del sistema, no cabe la lucha emancipadora, no cabe el ejercicio de las potencias morales, no cabe el vuelo libertador del espíritu.

No es hora de apocamiento ni de zozobra. Es hora de lucha, hora de firmeza, hora de rudo batallar. Ocho líderes de la independencia en la cárcel son ocho acicates en la nación puertorriqueña, instándola a proseguir con redoblado empeño la gestión de la soberanía nacional.

El dolor de ayer sólo gravitaba de modo directo sobre la carne sufrida de las legiones del trabajo, víctimas de inmisericorde régimen de explotación. Hoy ese dolor cala hondo en la carne del sector más puro y más generoso de las fuerzas independentistas. ¡Bienvenido sea ese dolor! El dolor es siempre fecundo. Posee la virtud de sacudir a los pueblos de su letargo. Y nuestro pueblo despertará al duro azote de esta realidad.

Albizu Campos en la cárcel es un llamamiento a la conciencia puertorriqueña: clarinada de alborozo para la gesta magnífica de la libertad.

Como miembro del Partido Liberal Puertorriqueño, organización consagrada a la lucha por la independencia, traigo el mensaje de sincera solidaridad de las fuerzas liberales de Puerto Rico. Nuestro corazón sufre en estos momentos la misma angustia del nacionalismo. Sacude nuestra sensibilidad la misma protesta ante la inaudita hazaña del imperio. Hermanos en la lucha por un mismo ideal de patria libre, compartimos por igual glorias y sinsabores, y declaramos que en esta hora de dura prueba sólo hay margen para la afirmación de nuestra personalidad frente a los desmanes del dominador; sólo hay margen para la unificación de todas las voluntades puertorriqueñas en la lucha por la independencia; sólo hay margen para la condenación de la colonia con todo su sistema de injusticias, atropellos y privilegios; sólo hay margen para saludar con religiosa emoción a estos paladines de la independencia en su marcha hacia Atlanta, contrayendo nosotros el sagrado compromiso de dar lo mejor de nuestras vidas a la ennoblecedora causa de la libertad de Puerto Rico, ocupando con modesia pero con ancho patriotismo y sincero ardor los puestos que ellos tenían en la vanguardia del movimiento emancipador y jurando en esta hora imponente de su partida que la bandera de libertad que tremoló a los aires Pedro Albizu Campos no caerá jamás por la presión del imperio. ¡Un millón de manos puertorriqueñas se prestarán jubilosas a mantener en alto, despiegada a los cuatro vientos, esa sagrada enseña de nuestra independencia!

Dice Santa Teresa en su *Vida*, Cap. XVI:

De este glorioso Rey (*el real Profeta David*) soy yo muy devota, y querría todos lo fuesen, en especial los que somos pecadores.

Del testimonio de Santa Teresa de Jesús en su *Vida*, Cap. IX:

En este tiempo me dieron las *Confesiones de San Agustín*, que parece el Señor lo ordenó, porque yo no las procuré, ni nunca las había visto. Yo soy muy aficionada a San Agustín, porque el monasterio, adonde estuve seglar, era de su Orden, y también por haber sido pecador, que en los santos, que después de serlo el Señor tornó a Sí, hallaba yo mucho consuelo, pareciéndome en ellos había de hallar ayuda; y que, como los había el Señor perdonado, podía hacer a mí: salvo que una cosa me desconsolaba, como he dicho, que a ellos sólo una vez los había el Señor llamado y no tornaban a caer y a mí eran ya tantas, que esto me fatigaba. Mas considerando en el amor que me tenía, tornaba a animarme, que de su misericordia jamás desconfié; de mí muchas veces.

Hipócrita es lo mismo que *farsante*, histrión. En ellos piensa San Juan Crisóstomo cuando dice en la ***Homilía*** (XX) *de las exégesis del Evangelo de San Mateo:*

En efecto: el hipócrita sólo en tanto aparece ilustre, mientras dura la comedia (de su ficción); y ni aun entonces a los ojos de todos: dado que los más de los espectadores saben quién es y quién finge ser; pero de todos modos, acabado el espectáculo, a todos se descubre con suma claridad. Esto mismo es lo que forzosamente ha de suceder también a los ávidos de gloria; que no son lo que parecen, sino que sólo tienen la máscara, y sin comparación peor se verán cogidos en la otra vida, cuando todo aparezca desnudo y descubierto.

Consulta al Dr. Marañón

Por MANUEL G. MORENTE

= De *El Sol*. Madrid =

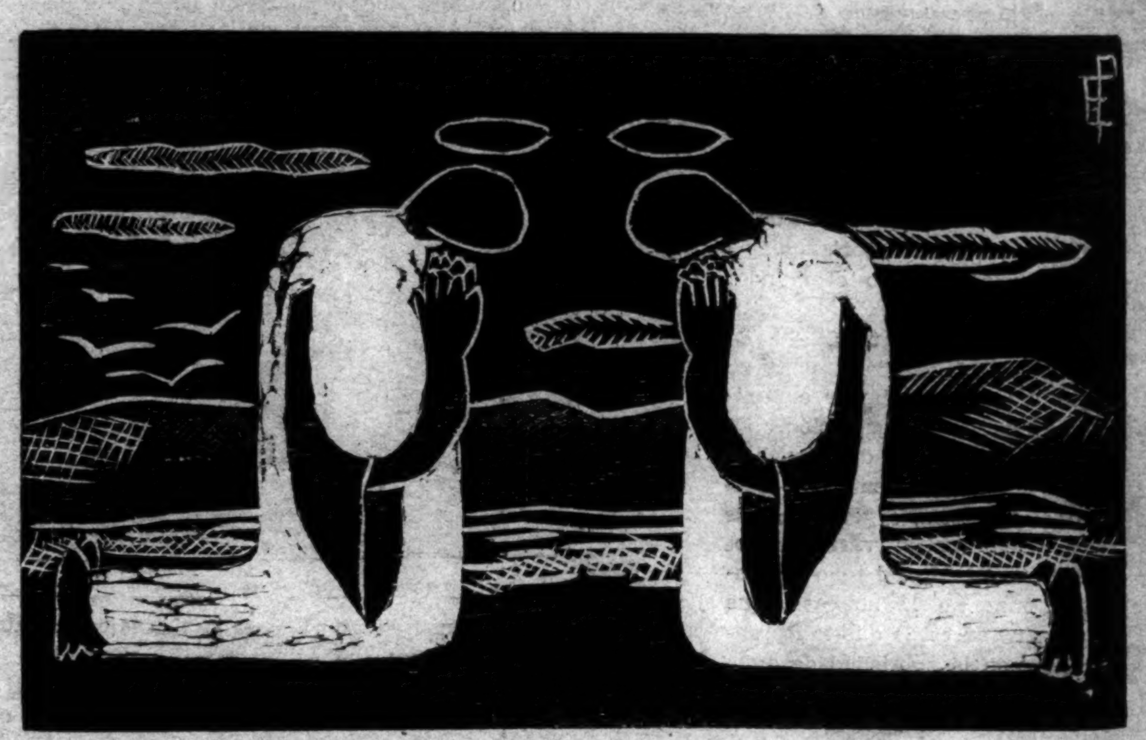
En su reciente discurso sobre las mujeres y el conde duque de Olivares, plantea usted, querido y admirado Marañón, el problema de la influencia que la mujer ejerce sobre el hombre. El tema es vasto y complicado. Toca a la biología, a la fisiología, a la psicología. Pero también tiene hondas relaciones con la ética, con la filosofía de la cultura y de la historia. Que la mujer ha influído, influye e influirá siempre sobre el trascurso de la vida y de la historia humanas es cosa que ya nadie, supongo yo, se atreverá a negar. Pero es el caso que esa influencia de la mujer resulta profundamente enigmática. No se manifiesta en actividades de producción. La mujer no interviene directamente en las creaciones del hombre: no gobierna, no inventa, no pelea, no descubre, no construye. ¿Cómo influye, pues, sobre la vida humana? ¿Qué género de imperio es ese imperio femenino que no consiste en hacer o mandar algo? El enigma peculiar de la mujer se manifiesta aquí en todo su problematismo. Si la mujer es esencialmente pasiva ¿cómo puede ejercer acción alguna sobre las vidas de los hombres? ¿Qué pasividad tan especial y extraña es ésa, que engendra movimiento y dispara actos?

Leyendo el discurso de usted, vínome a las mientes la poesía de Schiller intitulada "El guante". ¿La recuerda usted? El Rey Francisco ha dispuesto en los corrales de su palacio un gran combate de fieras. En balcones y tribunas, las damas y los caballeros presencian el espectáculo. Sale un león, que luego de recorrer a paso lento el ruedo, se acuesta indolente en el suelo. Sale un tigre, que da un par de vueltas en torno del león, a cuyo lado se tiende también. Salen dos leopardos, que se precipitan a saltos sobre el tigre y el león. Pero el tigre lanza un feroz zarpazo, y el león se incorpora, profiriendo un terrible rugido. Los dos leopardos renuncian a la lucha y se acurrucan inmóviles sobre la arena. En esto, un guante de mujer, arrojado desde una tribuna, viene a caer precisamente entre el tigre y el león. Dama Cunegunda, dirigiéndose al caballero Delorges, su adorador, exclama: "Señor caballero: si vuestro amor es tan ardiente como a toda hora me decís, hacedme la merced de recoger ese guante mío". El caballero no vacila un instante. Desciende al ruedo y con paso firme camina hacia las fieras, recoge el guante y lentamente regresa a la tribuna, en donde está sentada la señora Cunegunda. Vítores, alabanzas, exclamaciones de asombro envuelven al valiente campeón. Dama Cunegunda lo acoge con tiernas miradas de amor, promesa cierta de inminente ventura. Pero el caballero le tira el guante a la cara, diciendo: "No quiero vuestra gratitud, señora". Y al punto se aleja de ella.

¿Qué piensa usted de esto, querido Marañón? Yo, por mi parte, pienso que la indignada reacción del caballero Delorges—es decir, de Schiller—es de una ridícula y pedantesca incongruencia. Si el caballero consideraba vituperable la petición de la dama Cunegunda, ¿por qué bajó al ruedo a recoger el guante? ¿Por vanidad y para no dejar que la más leve duda empañase la fama de su valor? ¿O acaso por sentimiento del deber? El caballero Delorges—iba a decir Schiller—es un dómine idealista que gusta de dar lecciones de humanitarismo a las enamoradas doncellas. ¡Ingrato! Si no hubiera sido por la coquetería de la dama, ¿habría podido realizar la estupenda hazaña? ¿Habría llegado a ser el valeroso caballero que desde entonces fué? ¿O es que se figuraba acaso que el amor de la mujer se obtiene sin más ni más, sin previos merecimientos? En situación semejante, Don Quijote hubiérase prosternado ante la dama, ofrendándole doble gratitud: primero, por haberle requerido para que una vez más demostrase su amor, y segundo, por haberle dado ocasión de manifestar la excelencia de su ánimo esforzado.

Yo creo que la función esencial de la mujer consiste precisamente en perfeccionar al hombre, poniéndolo en el trance de actualizar los valores que tenga en potencia. La mujer obliga al hombre a ser lo mejor que pueda ser. Incítale a realizar plenamente su propia esencia. Exalta sus posibilidades, pone en ejercicio sus facultades y talentos, pulimenta su conducta, depura sus aficiones; en suma, enaltece por atracción todo el esfuerzo humano. ¿No cree usted, querido amigo, que por este camino es por donde hay que buscar la solución al enigma de la influencia femenina? La pasividad de la mujer no es como la pasividad del objeto inánime, que sólo influye negativamente, limitando y condicionando la acción del hombre. Es una pasividad, por decirlo así, operante; que no consiste sólo en resistir, sino también y principalmente en atraer y en valorar. Nuestros tiempos de ciencia positiva y de técnica mecánica propenden a identificar toda influencia con la relación de causa a efecto. Se cree que no hay más modo de acción que la causalidad, el choque, el empujón, el atrás a delante. Por eso nos resulta extraña y enigmática esa influencia de la mujer, que es activa pasivamente, que hace sin hacer y efectúa sin causar. Pero no debemos olvidar que junto a la causalidad mecánica está la relación inversa de la finalidad vital. El fin no opera por choque y como "vis a tergo", sino por atracción, como los imanes. El fin es aquello a que aspiramos; es lo que por su solo y propio valor excita en nosotros el afán de realizarlo. El fin influye sobre nuestro hacer no como empujón, sino como ilusión y propósito halagüeños. En este plano es en el que se desenvuelve la acción de la eterna feminidad. La mujer representa y simboliza en nuestra vida humana el atractivo de los más altos fines y valores. Dispensando su aprobación, su aplauso, su asentimiento, su sonrisa, ella, sin hacer nada, hace que los hombres hagan lo mejor y se superen a sí mismos. Como el dios de Aristóteles, la mujer mueve al mundo desde el inmóvil trono del ideal.

Pero entonces, ¿no cree usted asimismo que la mujer asume una parte importante de responsabilidad en el curso de la Historia? De lo que los hombres son y no son, de lo que los hombres hacen y no hacen, es ella también en algún modo responsable. Si, como es cierto y todos sabemos, la mujer hace del hombre lo que quiere, cabría que algún historiador le exigiere estrechas cuentas por lo que en distintas épocas ha querido, en efecto, hacer del hombre. ¡Qué magnífica historia del feminismo podría escribir quien mirase las cosas desde este ángulo! No sería ciertamente la historia de una supuesta emancipación femenina; pero sí la instructiva y severa indagatoria del uso que la mujer ha hecho, desde Eva, del soberano poder que Dios le ha conferido sobre el hombre.



Se rezan el uno al otro

Madera de *Emilia Prieto*

La vuelve a referir Mitre en su ***Historia de San Martín***, tomo I, Cap. I:

> Con motivo de establecerse nuevos impuestos, que gravaban la producción del país ***(la Nueva Granada, en 1781)***, una mujer del pueblo arrancó en la ciudad del Socorro el edicto en que se promulgaban. El país se levantó en masa bajo la dirección de sus municipalidades, y con la denominación de ***Comuneros*** levantó ejército de veinte mil hombres, a ordenes de su capitán general Juan Francisco Berbeo...

EDITOR:
J. GARCIA MONGE
CORREOS: LETRA X
En Costa Rica:
SUSCRICIÓN MENSUAL: ₡ 2.00

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

El suelo es la única propiedad plena del hombre y tesoro común que a todos iguala, por lo que para la dicha de la persona y la calma pública, no se ha de ceder, ni fiar a otro, ni hipotecar jamás.—JOSE MARTI.

Exterior:
El semestre, $ 3.50
El año, $ 6.00 o. am.
Giro bancario sobre Nueva York.

LATITUD ECUATORIAL

II

A la memoria de Juan Montalvo

Por AMANDA LABARCA H.

= *Envío de la autora.* Ciudad de Panamá, julio de 1936 =

(Véase la entrega anterior)

Ambato

Nada hay más bruñido y azul que el cielo de la mañana en la sierra ecuatorial. Ningún adjetivo es capaz de describirlo, ninguno puede evocarlo en su limpidez evangélica. Es de tan inmaculada esencia que disuelve el espacio. Todo está cerca y lejos a la vez; cerca, porque se divisa con una diafanidad perfecta; lejos porque hemos de recorrer mucho trecho para llegar a tocar lo que tan cerca nos parecía.

Bajo el cielo, en una hondonada verde en que tanto medran los durazneros como los naranjos nació uno de los ecuatorianos más ilustres que ha visto el mundo: Juan Montalvo.

Descendemos del tren, allí, en su villa natal: Ambato, para no llegar a Quito sin haber cumplido la piadosa peregrinación.

Hace años — no diré muchos, porque no los he sentido —siendo una rapazuela, cayeron en mis manos los **Siete Tratados**. De la lectura olvidé casi todo el contenido, mas no la simpatía que me inspiró un estilo que tan pronto fluía con la sobriedad de agua clara, como echaba todas las espumas, las luces y las cascadas de la época romántica. Después, adulta y mujer, más de una vez volví sobre mi afición de niña y sin buscar en la vida del autor, tuve por Montalvo esa admiración ferviente que suscita el trato con los héroes.

Heme, pues, ahora en su suelo natal. En esta casa — hoy transformada en biblioteca pública de la ciudad — vió la luz. Aquí se guardan con piadosa unción los manuscritos de sus obras maestras, pergeñadas a pluma, con una letra pareja, y con tal seguridad en la expresión que no se advierten enmendaturas de importancia. Penetrada de profunda emoción, como si algo de su mano, corriese aún por el papel, leo el párrafo inicial de Los Héroes: "Al tiempo que el Genio de la guerra se coronaba emperador de Francia por mano de un pontífice cautivo, corría la Europa un hijo del Nuevo Mundo, poseído de inquietud indefinible que no le daba punto de reposo..." Es el capítulo sobre Simón Bolívar. Y su prosa vuelve a traerme no sé qué recuerdos inolvidables de la infancia, Olmedo, el Canto a Junín, el Delirio del Chimborazo, todo aquello que fué alimento de admiración por hombres que imaginé inmortales.

El dignísimo depositario de los recuerdos montalvianos, el escritor don Carlos Bolívar Sevilla, me muestra la completa colección de las obras que se han escrito sobre don Juan y me lleva después al cenotafio que guarda sus despojos. Mientras le contemplo, pienso que entre los dones inmerecidos que me ha prodigado la vida no es éste el menor: que me haya traído hasta aquí, a cumplir, de mujer, una esperanza que de niña me pareció tan imposible como el coger una estrella.

En una capilla laica, de líneas severas y armoniosas proporciones, en el sitio del altar, se levanta la urna de bronce, sobre la que se derraman haces de luz. Es la ofrenda del pueblo natal al hombre que sufrió la muerte en suelo extranjero. Es la ofrenda de un pueblo que aquilata los valores espirituales y sabe honrarlos.

Y me digo para mí misma que en Chile ninguno de nuestros grandes escritores tiene homenaje semejante. Precisa una masa sensible y un pueblo respetuoso de la inteligencia para que se lleven a cabo tales ofrendas póstumas. Una de las calidades del alma ecuatoriana es esta capacidad de admiración respetuosa.

Más tarde, y tan pronto como me ha sido posible, he leído el libro que le ha dedicado últimamente el gran escritor contemporáneo don Oscar Efrén Reyes. Su Vida de Juan Montalvo es un documento humano a la vez emocionante, trágico y doloroso.

Allí está el hombre grande en sus genialidades y en sus miserias. Tan mal avenido con la vida, como consigo mismo. En lucha con su temperamento; incongruente, llevado por sus delirios intelectuales hasta olvidarse de sus más caros sentimientos. Sufriendo y haciendo sufrir, envolviéndose en odios y arrojando rayos.

De niña, miré en Juan Montalvo un héroe; ahora, un grande hombre; grande por igual en sus flaquezas, en sus miserias como en sus merecimientos. La admiración ingenua ha cedido el paso a la simpatía misericordiosa. ¡Que ésta es la pasta de que estamos hechos. Dios mío, en que toda luz tiene su sombra y toda superioridad su flaqueza bochornosa!

Quito

De Quito al cielo hay muy poquito — y en el cielo un huequito, para mirar a Quito—dice la copla popular. Y cuando la oí en Santiago, tuve una sonrisa irónica, lo confieso. Así somos de ignorantes.

Está anidada como las águilas, entre las serranías. Por las faldas de los volcanes, extiende sus calles que siguen las ondulaciones del terreno, y ora suben como descienden. Se cortan al capricho del relieve montañoso. Para atravesar más de una encrucijada ha habido que construir un puente, y mientras la calzada de oriente a poniente va en un plano, la de sur a norte corre diez metros más abajo.

Elevada en el macizo andino, muy próxima a los tres mil metros de altura, sus tardes son frescas; las madrugadas frías. En los picachos que la cercan, la mano hábil del labriego nativo dibuja tablas de ajedrez con sus sembrados. No hay un rincón que no cultive primorosamente. La cebada, el maíz, el trigo, cada uno tiñe con su matiz especial la falda montañosa de este Andes, que no es hostil ni pétreo como entre nosotros, sino que aquí, en la latitud ecuatorial, viste de terciopelo de grama.

Dejaré para otra oportunidad el comentario de sus templos riquísimos en arte y el elogio de los escultores que supieron dar a la plata, la piedra y el cedro, tonalidades carnales.

Ahora diré solamente del cielo quiteño, bruñido, azul, transparente, diáfano, cristalino, cielo que sonríe con una mirada tan pura que acaricia y bendice al mismo tiempo, mirada que si se recibió una vez no se olvida jamás.

Imp. La Tribuna